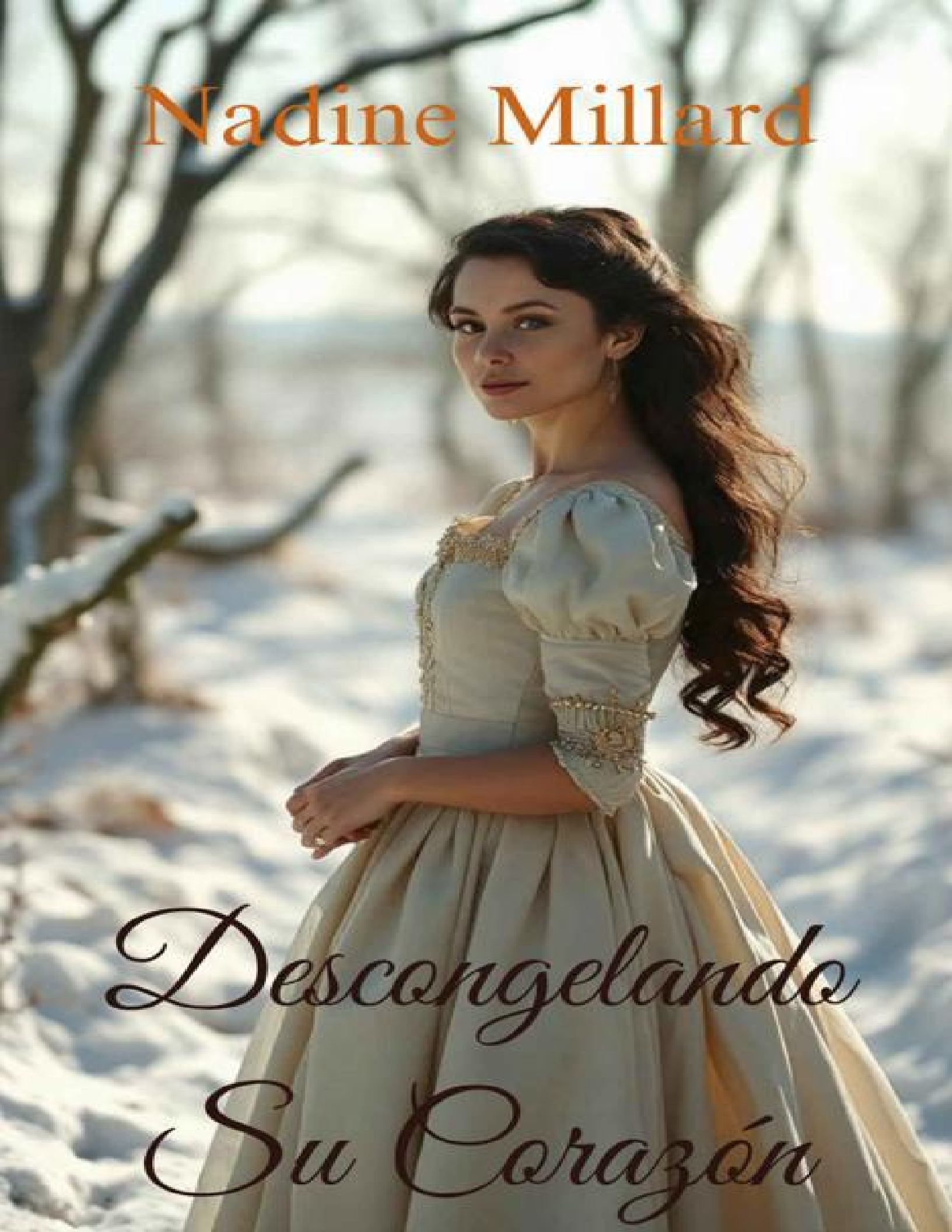

Nadine Millard
Descongelando
Su Corazón

Descongelando su corazón

Un romance de la Regencia

NADINE MILLARD

CONTENIDO

Página del título

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez

Capítulo uno

Lady Victoria Meyrick miraba por la ventana de su dormitorio. Sus ojos estaban recorriendo el paisaje blanco de los terrenos de su padre, que ahora eran propiedad de su hermano.

Esta época del año siempre era fría y muy hermosa. A ella misma se la habían descrito de esa manera. Sin embargo, cuando la noche era tan gris y opaca y el cielo estaba cargado de nubes de nieve, era imposible ver más allá de los jardines, que se encontraban delante de su habitación, aunque en un día claro, la vista se extendía maravillosamente por varias millas.

A Victoria siempre la tranquilizaba mirar hacia afuera y no ver a nadie, a su alrededor. La sensación de aislamiento era algo que realmente disfrutaba y aceptaba. De esta manera, ella se sentía confiada y segura. Además, el fuego, en su dormitorio, rugía, manteniendo a raya los vientos helados y las temperaturas gélidas.

Lucy, su doncella, se encontraba hablando, con esa típica manera ordinaria e irritante, que era suya, mientras encendía velas y candelabros para proteger la habitación de la oscuridad, que se acercaba rápidamente.

—Lucy, ¿usted no tiene otras tareas que hacer? —espetó Victoria. La criada cesó inmediatamente el ruido, que estaba haciendo, y su ama respiró aliviada. Lo último que necesitaba era contraer un resfriado porque, incluso después de años de reprimendas, Lucy era incapaz de contener su lengua.

—Per… Per… Peerdó-neme, milady —tartamudeó Lucy, en ese momento—. Enviaré por su baño de inmediato. ¿Aún tiene la intención de usar la seda azul para la cena?

Victoria suspiró y se apartó de la ventana para mirar a su inepta doncella. Ella no sabía por qué su padre había insistido en mantener a Lucy y a su igualmente molesta madre con el personal de la finca. Incluso después que él falleció, la madre de Victoria había decidido conservar a estas dos sirvientas.

¡Esto era tan ridículo!

—Si hubiera cambiado de opinión, se lo habría dicho —dijo Victoria sin intentar ocultar su rabia—. Ahora, me toca mi baño, luego déjeme. Puedo cuidar de mí misma... La llamaré cuando necesite su ayuda.

Lucy hizo una reverencia, dócilmente, y después salió corriendo de la habitación. Victoria se dirigió hacia la ventana, suspirando aliviada por el bendito silencio.

Ella sabía que cada día su estado de ánimo se volvía más sombrío. Aunado a esto, la Navidad no le traía alegría, ya no… Y cuanto más festiva se volvía la gente, que la rodeaba, más deseaba que esa festividad, odiada por ella, desapareciera para siempre…

¡Nada la haría disfrutar nunca de esta época del año! Desde que James, su hermano mayor, se había ido… Desde que su padre había muerto… ¡Desde que ella lo había matado!

La luz combinada del fuego y las velas, que iluminaban su habitación, sirvieron para que Victoria pudiera ver un destello de sí misma, en el cristal de la ventana.

Su rostro no delataba ni una sola emoción. Incluso sus ojos azules y helados permanecían fríos y vacíos. Mientras que su cabello negro estaba tan rígido y en su lugar, como siempre. Para el mundo exterior, ella seguía siendo la señorita de hielo, como se le conocía.

Solo ella era consciente de la intensa y ardiente emoción, que a veces la consumía en su interior, cuando estaba demasiado agotada para mantenerla a raya. Y así era como quería que

siguieran las cosas.

Su atención se vio atraída por la aparición de un carruaje, cubierto de nieve, en el camino que conducía a la mansión.

Para consternación de Victoria, su madre había organizado una fiesta, en su casa, con amigos y parientes, a los que Victoria no veía con frecuencia ni le importaban. Esta celebración se había organizado, a toda prisa, y esto había arruinado definitivamente los planes de Victoria de pasar una Navidad tranquila.

Afortunadamente, la familia había recibido la noticia que James regresaba a casa, después de diez largos años de vivir en el extranjero. Desde que llegó la misiva con esa noticia, su madre había estado casi rebosando de alegría, preparando banquetes, bailes y festividades para dar la bienvenida al hijo pródigo.

No obstante, Victoria no sabía cómo enfrentar esta situación. Realmente, ella era muy joven, cuando James se fue. Y aunque él siempre había sido amable, atento y considerado, incluso jugando con ella, cuando apenas era una niña, ahora ella no lo conocía. Prácticamente, no sabía nada de él desde hacía diez años.

Aunque ella debería amarlo. ¡Era su hermano! No obstante, Victoria no se sentía capaz de amar a un extraño. Incluso había días en los que se sentía incapaz de amar en absoluto.

En resumen, la noticia de la llegada de James, en lugar de hacerla feliz, la hizo… más bien, no la hizo sentir casi nada.

Tal como estaban las cosas ahora, solo Victoria y Edward, el nuevo conde, y su “gris” hermano mayor le hacían compañía a su madre, quien nunca podía disimular por completo lo decepcionada que estaba, ante esta trágica situación.

Sin duda, su madre había invitado a un grupo de solteros desprevenidos con la esperanza de poder librarse de su fría e insensible hija. Una a la que nunca había amado lo suficiente, después del accidente, ocurrido hace varios años atrás.

No importaba que Victoria hubiera sido una simple niña. Más aún, tampoco era relevante que el difunto conde hubiera estado allí, junto al lago, con otra mujer.

Todo lo que importaba era que Victoria había sobrevivido, cuando su padre murió. Mientras que James había huido del hogar.

Bueno, tal vez, ya era hora que Victoria se casara. Ella no se estaba volviendo más joven y esto era lógico.

Victoria no le daba ninguna importancia a esas tonterías sobre el amor y los finales felices. Sin embargo, su madre había considerado apropiado invitar a un tipo “correcto” de hombre, por lo que no había ninguna razón por la que no pudiera elegir uno y llegar a un acuerdo con él, antes del año nuevo.

Ella tampoco era ciega a su aspecto ni ignoraba el efecto que tenía sobre los hombres. Ellos eran criaturas muy predecibles.

Victoria tenía dinero, belleza, buena posición y una excelente crianza. Fue hija, y ahora era hermana del ilustre conde de Brentwood, como su hastiada mente le recordaba, ella sabía muy bien que era un gran tesoro.

No había ninguna razón por la que no pudiera conseguir un buen partido y casarse, antes que comenzara la temporada, en la ciudad.

Más aún, Victoria despreciaba la temporada, así que valdría la pena casarse, solo para poder saltársela por completo, o no tener que soportar a los hombres, odiosos y estúpidos, cuya idea del cortejo era regalar incontables ramos de flores o peor aún, recitar frases de poesía insípida.

Si alguno de ellos tenía la honestidad de escribir una oda sobre su dote, que era su cualidad más atractiva, ella estaba segura que al menos ese hombre se ganaría su respeto.

El carruaje, que Victoria había visto, se detuvo frente a la casa, y sus ocupantes empezaron a salir.

Ya estaba oscuro, el camino de entrada estaba iluminado solo por las antorchas de los lacayos, quienes habían estado vigilando el lugar, minutos antes, pero era difícil ver bien a las personas.

No obstante, mientras ella miraba, un hombre apareció, se bajó del carruaje, y estaba de pie, mostrando una altura impresionante.

Victoria sintió que se le cortaba la respiración, cuando el extraño dio la vuelta para mirar hacia la casa.

Vaya, ¡él es demasiado guapo!

No pudo observarlo muy bien, pero lo poco que pudo ver la dejó impresionada y encantada. Su mandíbula era fuerte, sus hombros lucían amplios, y su sonrisa, cuando hablaba con un lacayo, era muy devastadora. Por supuesto, ese tipo de familiaridad con los sirvientes era ridícula y altamente inapropiada.

El extraño volteó hacia el carruaje y extendió su mano. Segundos después, agarró a alguien. Una hermosa dama, quien luciendo una sonrisa, abierta y dispuesta, descendió rápidamente.

Victoria se sorprendió por el destello de emoción caliente, que la atravesó, mientras observaba el intercambio de palabras y los gestos entre los extraños, debajo de ella.

Aunque no podía ver con claridad en la oscuridad, cada vez mayor, definitivamente había un escudo en el costado del carruaje, así que eran nobles.

Victoria estuvo a punto de presionar su nariz contra el vidrio para ver más de cerca a los recién llegados.

¡Qué tonta era! ¿Qué le importaba quiénes eran?

Un suave golpecito en la puerta del dormitorio le indicó la llegada de su bañera, y Victoria aprovechó la oportunidad para distraerse de su extraño interés, en el hombre del carruaje, lo cual era algo fuera de lo común y muy desagradable para ella.

Victoria se había enseñado a sí misma, hacía mucho tiempo, a no preocuparse por nadie más. Era más fácil actuar de esa manera...

Capítulo dos

Victoria respiró profundamente y se calmó, antes de entrar en el salón.

No tenía ni idea de quién estaría dentro, ya que no le interesaban las fiestas de su madre, pero, si realmente fuera honesta consigo misma, reconocería que su curiosidad se había despertado ligeramente por el hombre, que había visto, no hacía mucho tiempo en la entrada.

No era una sensación agradable estar tan interesada en alguien. Esto la hacía sentir como si su control se estuviera desvaneciendo un poco. ¡Y esto no debía ser así!

Armándose de valor y poniendo su rostro en su cómoda y fría máscara, Victoria estaba a punto de alcanzar la manija de la puerta cuando...

—¿No me diga que esta es una puerta mágica? ¿Que se abre si usted la mira fijamente?

Victoria se sobresaltó al oír la voz desconocida, y dio la vuelta para ver de quién provenía.

¡Era el extraño!

Victoria miró hacia arriba, observando unos ojos marrones acalorados, en el rostro más atractivo, que jamás había visto.

El hombre se alzaba sobre ella, lo que hizo que Victoria levantara la vista para examinarlo bien.

Su mandíbula era cincelada y bien definida, sus ojos brillaban con picardía y estaban delineados por unas pestañas, negras y espesas, que cualquier dama envidiaría. Y esa sonrisa, tan juguetona y traviesa, provocó la reacción más inexplicable en Victoria, como si estuviera helada de frío, y tuviera un calor insoportable, todo al mismo tiempo. ¡Esto era de lo más desconcertante!

Como lo era el hecho que sus ojos, como por voluntad propia, lo recorrieron con avidez, observando el corte impecable de su chaqueta de noche, la cual era negra, muy fina, y admirando su corbata tan blanca como la nieve.

Su sonrisa se ensanchó, mientras lo miraba en silencio y para su sorpresa, ella sintió que se le calentaban las mejillas. ¡Estas nunca se calentaban!

—Milady. —El hombre hizo una reverencia con los ojos encendidos de alegría—. ¿No me diga que es muda? Unos labios como los suyos deberían hablar.

¿Quién diablos es este hombre?

Las mejillas de Victoria se pusieron aún más calientes y un calor extraño comenzó a desplegarse en ella, ante esas palabras irritantes. No tenía idea sobre qué decir, o cómo comportarse ante tal familiaridad. Así que se quedó allí, parpadeando y actuando como la muda, que él creía que ella era.

Además, la audacia de ese hombre era asombrosa. Sin embargo, eso no fue lo que la dejó sin palabras. ¡No! Más bien… Fue él, su belleza, aroma, tamaño y el aura de masculinidad cruda que exudaba. Nunca había conocido a nadie como él, y su reacción femenina fue inesperada y desconcertante.

—¿Quién es usted? —Finalmente, ella logró soltar sus palabras.

—¡Ah! —Definitivamente, su sonrisa era lobuna—. Usted habla.

La impropiedad de la situación estaba comenzando a sacar a Victoria de su extraño ensueño, y ella enderezó su columna, haciendo que sus rasgos adoptaran su habitual máscara de desdén.

Él también lo notó porque su sonrisa se desvaneció un poco.

—Perdóneme, milady —dijo con una reverencia perfectamente ejecutada—. Y aunque es imperdonablemente grosero hablar con usted, sin una presentación, temo que no pude evitarlo.

—Bueno, inténtelo —exigió Victoria bruscamente, sintiéndose desconcertada por el extraño intercambio.

Esas palabras, en lugar de ofenderlo, lo hicieron reír profundamente.

—Lo haré, milady —replicó con una sonrisa flotando en su rostro.

Antes de hacer algo tonto, como sonreírle a la odiosa criatura, o sentirse encantada por él, Victoria le dio la espalda y entró en el salón. Sus ojos captaron la vista, y reprimió un suspiro de decepción.

¿Y de dónde salió toda esta gente?

Allí estaban los diamantes, brillando a la luz de las velas del candelabro del techo, y su madre, riéndose y sonriendo, actuando como la anfitriona perfecta. Mientras que Edward, su hermano mayor, meditaba en la esquina, luciendo completamente harto de las “formalidades”, a pesar que recién habían comenzado.

Él la miró a los ojos y le dio una media sonrisa triste. Un sentimiento de comprensión, incluso de cariño, se transmitió entre ellos.

Probablemente, Edward era la única persona en el mundo, que realmente se preocupaba por Victoria, y la quería cerca. Tanto como él quería a cualquier otra persona cerca.

Brentwood Abbey siempre había sido una casa impresionante, aunque su madre se había superado a sí misma con la espléndida decoración. A donde quiera que Victoria mirara había flores de invierno, acebo y hiedra. El lugar se veía hermoso, festivo y cálido. Los invitados charlaban alegremente con el ánimo en alto.

No obstante, Victoria se sintió alejada de todo esto. Su misterioso compañero del pasillo había entrado detrás de ella, y Victoria no pudo evitar observarlo, mientras él caminaba por el salón.

Él se detuvo frente a esa misma hermosa mujer, que Victoria vio en el camino de entrada, poco antes. Y esa dama era muy hermosa, como Victoria había sospechado. Tenía el cabello castaño, atravesado por un color caoba más profundo, y grandes ojos de color marrón chocolate. Victoria sospechaba que los mismos serían irresistibles para cualquier hombre.

Unos celos la atravesaron, y Victoria jadeó, ante ese poder.

¡Cielos! ¿Qué le estaba pasando?

Mientras observaba, el hombre misterioso y su compañera giraron para mirarla, y, una vez más, Victoria se sintió completamente desorientada.

Para no sentir más vergüenza, a manos de este hombre extraño, caminó rápidamente hacia donde estaba su madre, pero ella se encontraba entreteniendo a un grupo de chiquillas, insulsas e irritantes, que Victoria despreciaba.

—¡Ah! Victoria, ahí estás. Ven a saludar a nuestros invitados.

Con una rápida mirada, ella observó al grupo, mientras todos hacían una reverencia obediente, y luego algunos soltaban cumplidos vacíos sobre su vestido, cabello, joyas y cualquier otra cosa tonta, que se les ocurriera. Obviamente, no había nada nuevo en esta reunión.

Victoria pudo respirar un pequeño suspiro de alivio. Sin embargo, ¡odiaba conocer a gente nueva!

Sin hacer ningún intento de participar en la conversación, Victoria tomó una copa de champán de una bandeja, que pasaba, y permitió que nuevamente su curiosa mirada recorriera el salón.

Hasta donde pudo ver, las únicas personas allí, a las que ya no conocía, eran la misteriosa pareja y un puñado de solteros. Eso fue, hasta que sus ojos se fijaron en el trío de mujeres, en el medio del salón.

Victoria apretó los dientes.

¿Qué diablos están haciendo Cressida Birchlee y su odiosa madre aquí? La chica bonita que estaba a su lado era, supuso, la más joven de las Birchlee, cuyo nombre no conocía ni le importaba. ¡Como si esta tonta fiesta en casa no pudiera empeorar!

La mirada preocupada de Victoria encontró una vez más a Edward, quien estaba de pie, meditando en un rincón.

El año pasado, él había tenido algún tipo de relación con la codiciosa y conspiradora Cressida Birchlee. Victoria no había estado al tanto de los detalles, pero sabía que esa horrible mujer y su madre insensible habían lastimado a Edward de alguna manera y, aunque no sabía por qué esto le importaba tanto, Victoria de repente se sintió ferozmente protectora de su hermano mayor.

No obstante, en ese momento, él no parecía estar remotamente interesado en Cressida. En cambio, ahora estaba rodeado de un grupo de hombres solteros. Los labios de Victoria se torcieron con una sonrisa irónica.

Al parecer, ella había tenido razón sobre el plan de su madre de buscarle pareja.

Sus ojos se desviaron, una vez más, como por voluntad propia, hacia el rincón en el que habían estado el hombre misterioso y su encantadora mujer, pero ellos ya no estaban allí.

Casi frunció el ceño. ¡Casi lo hizo! Pero, por lo general, ella no mostraba ningún tipo de emoción.

Al volver a voltear para mirar al grupo, se quedó sin aliento, una vez más. Allí estaba él, justo frente a ella con esa fascinante sonrisa suya, dirigida a su madre, mientras que su compañera se aferraba en su codo.

—… Estamos muy contentos que hayan podido venir.

Su madre les estaba sonriendo, y podría haber sido la imaginación de Victoria, aunque la sonrisa parecía más cálida, que cualquier otra, que hubiera visto en años.

—Victoria, permíteme presentarte a Lord Marcus Darndon, el conde de Salford, y Lady Viola, hija del vizconde Armington.

Entonces, la compañera no era pariente suya, ¿entonces…?

Victoria luchó más de lo que debía para mantener su rostro impasible.

—Lord Salford, Lady Viola, mi hija Lady Victoria Meyrick.

Victoria hizo una reverencia a ambos, y les ofreció una sonrisa rígida y formal.

—Es un honor conocerlo, milord, Lady Viola —dijo, satisfecha que su tono fuera tan inexpresivo, como de costumbre.

—Lady Victoria. ¡Qué maravillosa voz tiene al hablar!

Los ojos de Victoria se alzaron para chocar con los de él, que eran de un marrón dorado, notando la picardía en ellos y en la sonrisa, que se dibujaba en sus labios.

Ella no sabía qué decir ante un comentario tan escandaloso, y los ceños fruncidos de confusión, en los rostros de quienes los rodeaban, solo la hicieron sentir aún más incómoda.

Eligiendo ignorarlo por completo, Victoria dirigió su atención a su acompañante.

—¿Tuvo que viajar mucho para llegar a nuestra fiesta, Lady Viola?

—Una gran distancia, Lady Victoria. Venimos de Northumberland.

—¿Northumberland? Esa es una distancia considerable, de hecho. El viaje debe haberla cansado.

—No tanto... Nos tomamos nuestro tiempo para llegar aquí, y es muy agradable tener algo de sociedad, antes que comience la temporada. Northumberland puede resultar bastante aislado, en esta época del año.

Un poco de aislamiento le parecía maravilloso a Victoria, quien se quedó observando a Lady Viola. Era una jovencita encantadora, vestida de un color rosado suave, luciendo sus mejillas sonrosadas y una sonrisa amistosa. Sin embargo, a su lado, Victoria parecía una autentica estatua.

—Bueno, nos alegramos que usted y... —Sus ojos se dirigieron momentáneamente a Lord Salford, que seguía sonriéndole, pero continuó—, su amigo estén con nosotros.

—Y estoy contenta, más que nunca, porque aceptamos la invitación, Lady Victoria.

Las mejillas de Victoria volvieron a sonrojarse de esa manera extraña y tonta, resistiendo el impulso de abanicarse. Lord Salford parecía muy satisfecho de sí mismo. Si ella daba alguna indicación que él la estaba afectando, indudablemente, su cabeza se expandiría hasta estallar.

La campana para la cena sonó y los invitados comenzaron a retirarse hacia el comedor.

Edward se adelantó y, aparentemente a regañadientes, tomó el brazo de Lady Viola para escoltarla. Su madre tomó del brazo al duque de Tonbridge, y Victoria se dio cuenta, con el corazón acelerado, que Lord Salford la escoltaría.

Él también se percató de esto, ya que su sonrisa era una señal. Salford hizo una reverencia teatral y le extendió el brazo.

—¿Vamos, milady? —preguntó, mirándola fijamente a los ojos.

Victoria reunió cada onza de su formidable frialdad, antes de dirigir su mirada hacia él.

—Supongo que debemos hacerlo —respondió ella con altivez, antes de colocar su mano sobre ese brazo.

Capítulo tres

—Su falta de entusiasmo me hiere mucho, milady —dijo Salford, sonriendo, sin parecer herido en absoluto.

—Y su familiaridad es demasiado chocante, milord —replicó Victoria bruscamente, mirando a su alrededor para asegurarse que nadie escuchara la conversación.

Él la estaba molestando.

¡Y nadie debía burlarse de ella!

—Vamos, Lady Victoria. Es la época de la buena voluntad. ¿Acaso los amigos no disfrutan de una pequeña broma? ¿Un poco de familiaridad?

Victoria no podía recordar la última vez que alguien la había llamado amiga.

—Somos desconocidos, Lord Salford —respondió ella duramente, bajando el tono, mientras ellos entraban al comedor—. No somos amigos.

—Seguramente, podemos rectificar estas circunstancias tan trágicas. —Él se inclinó para susurrarle al oído, y un escalofrío de emoción inesperado la recorrió.

¡Su intimidad era impresionante!

—Le aseguro que las circunstancias están bien, así como están —logró decir Victoria con los dientes apretados.

Si él continuaba abrazándola de esa manera, o peor, inclinándose hacia ella, y susurrándole como si estuvieran... o como si fueran... bueno… eso simplemente no debía hacerse.

—Ahora, si usted me disculpa. —Él retiró la mano de su brazo. Ella desistió del deseo insano que sintió, de repente, de agarrarlo con más fuerza, en lugar de soltarse—. Debo encontrar a mi compañera de cena… Espero que sea una compañía mucho más educada, y menos objetable para la velada.

Con un gesto majestuoso e ignorando firmemente su suave risa, Victoria se dirigió a su asiento, y se sentó recatadamente, sin querer reconocer que su corazón estaba acelerado.

El asiento a su lado todavía estaba desocupado.

Su hermano estaba sentado a la cabecera de la mesa, el duque a su derecha y su madre al lado del caballero mayor.

El asiento al lado de Victoria, a la izquierda de Edward, estaba vacío.

Ese puesto lo ocuparía el siguiente par de mayor rango. Y ese sería...

El corazón de Victoria se hundió, cuando sus ojos recorrieron una vez más a los invitados, y se dio cuenta de que el siguiente de mayor rango era...

—Espero que esté preparada para mi compañía, menos desagradable, Lady Victoria. Estoy seguro que seré mucho más agradable, cuando me haya alimentado.

Victoria se mordió el labio para no responderle bruscamente, mientras él se sentaba a su lado. Él era tan grande, que su pierna rozó la de ella, provocando que saltara y se golpeara la rodilla contra la mesa. Los cubiertos, vasos y platos tintinearon, provocando que todas las miradas se dirigieran hacia donde Salford y ella estaban sentados.

¡Oh, querido!

Victoria sintió que una gran vergüenza la invadía.

Ella nunca cometía ningún error. Jamás se equivocaba ni siquiera con un dedo del pie. Y ese hombre odioso había estado allí, apenas cinco minutos, haciéndola olvidarse de sí misma.

—Usted es algo torpe, ¿no? —bromeó, mientras los lacayos comenzaban a colocar cuencos frente a los invitados.

Victoria tuvo que morderse el interior de la mejilla para no gritarle. Más bien, ella decidió dejarlo en ridículo, ahora, antes que él empeorara su comportamiento. Giró en su silla para mirarlo.

—Lord Salford —empezó con frialdad—, quizás las cosas sean diferentes en las zonas salvajes del norte, pero aquí, en la sociedad civilizada, nos comportamos de una determinada manera. Somos educados, y no nos comportamos de una manera tan excesivamente familiar y...

—Déjeme adivinar, ¿usted no se divierte?

Victoria no pudo evitar un gruñido de frustración, pero a juzgar por esa amplia sonrisa masculina, ante ese sonido, él encontró esto como muy divertido.

—Usted es imposible —dijo ella, volviendo hacia el tazón y su sopa, que se enfriaba rápidamente.

—Y usted es exquisita.

—Él lo dijo tan suavemente, que a ella le tomó un momento registrar sus palabras y cuando lo hizo, su cuchara cayó sobre la mesa, convirtiéndose en el segundo paso en falso, que cometía, desde que salió del armario.

Ambos errores fueron cometidos en esa misma noche. Y ambos por culpa de él.

—Por favor, absténgase de hacer declaraciones tan escandalosas —susurró furiosamente, consciente de las miradas curiosas, que estaba recibiendo.

—¿Cómo pueden ser escandalosas, si son ciertas?

Victoria realmente sintió que sus fosas nasales se dilataban, en concordancia con su temperamento. Dirigiendo sus ojos hacia él, una vez más, y negándose a distraerse con esa sonrisa, esos ojos brillantes y esos hombros increíblemente grandes, Victoria le proporcionó su mejor mirada.

—Lord Salford, por favor reserve esos lugares comunes vacíos para mujeres como su amiga Lady Viola. —Su voz rezumaba con desdén, ella lo sabía. Y no eran celos, por supuesto que no lo eran.

Ciertamente, Victoria no aprobaba, en absoluto, un comportamiento tan escandaloso como el de un hombre soltero y una mujer soltera, que no tenían parentesco alguno, y viajaban juntos. Simplemente, no lo aceptaba.

—Aquí las mujeres tienen sus normas. Yo tengo mis normas. Y no estoy de humor para permitir una conducta tan vergonzosa por parte de un libertino, que viaja solo con una mujer, que se rebaja lo suficiente, como para viajar con él.

Sin darle oportunidad de responder, y dándose cuenta de lo maliciosa que estaba siendo, le dio la espalda y entabló una conversación sobre la cría de caballos, entre otras cosas, con Sir Eugene, su vecino más cercano.

Los tazones de sopa fueron retirados, y Victoria estaba empezando a relajarse, cuando una tos sutil sonó en su hombro derecho.

Ella lo ignoró cuidadosamente.

Sonó de nuevo.

Y nuevamente, ella no le hizo caso.

—Voy a toser, a todo pulmón, si usted continúa evitándome.

Resistiendo el impulso de arrojarle algo, Victoria se disculpó con Sir Eugene, volteó, y se enfrentó a su torturador, una vez más. ¿Por qué él la molestaba tanto? Ella no tenía ni idea.

Él sonreía con tal encanto infantil, que su corazón, que ella creía muerto hacía tiempo,

empezó a latir rápidamente.

—¿Hay algún problema, milord? —preguntó ella con rigidez.

—Pensé que debía aclararle algo —respondió él.

—¿En serio? ¿Y qué podría ser eso? —insistió ella con una paciencia exagerada.

—Viola y yo no viajamos hasta aquí solos. ¡Eso sería un escándalo terrible!

Victoria logró levantar una ceja altiva, incluso mientras luchaba por no ceder, ante la sensación de alivio que la invadió.

—¿Ah, sí? —Ella logró pronunciar las palabras correctamente.

—Sí —replicó él con una sonrisa—. Y soy muy exigente a la hora de elegir a una mujer con la que debo tener un escándalo.

La forma en que sus ojos la recorrieron, mientras hablaba, hizo que el corazón de Victoria, que ella rara vez contemplaba, se acelerara. Aunque por fuera, ella se mantuvo serena y estoica.

—Viola es una vieja amiga de la familia. Su padre murió el año pasado y yo la he acompañado a su madre y a ella —expresó, señalando con la cabeza a una señora mayor, que estaba sentada en el otro extremo de la mesa—. A las festividades, ya que esta es la primera fiesta, en casa, sin el difunto conde. Su hermano menor, aún no tiene edad suficiente para acompañarlas a ningún lado.

¡Bueno, eso fue muy amable y considerado de su parte!

—Su… ¡Su relación con Lady Viola no es asunto mío! —espetó—. Ni siquiera lo conozco a usted.

—¡Oh! Pero apuesto que le gustaría conocerme. —Mostró su sonrisa lobuna.

Victoria nunca había sentido una necesidad tan fuerte de abofetear a alguien en su vida. Sabía que su rostro debía estar mostrando su temperamento, pues sus mejillas se sentían más calientes que nunca. Estuvo tentada de simplemente levantarse y salir del comedor, pero, por supuesto, no podía hacer tal cosa.

Entonces, tomando aire para calmarse y deseando calmar su humor, que nunca antes se había acalorado tanto, controló de nuevo su expresión impasible, y le dedicó a Lord Salford una pequeña y fría sonrisa.

—Estoy segura que nos conoceremos muy bien, durante la fiesta en la casa, milord. Ahora, ¿me disculpa?

Ella comenzó a alejarse, cuando él tocó su mano, brevemente.

Victoria resistió el impulso de arrebatarle la suya, mientras un calor repentino parecía quemarle la piel, incluso a través de su guante de satén blanco, que solo usaba de noche.

—Eso fue impresionante —susurró Lord Salford, suavemente.

Victoria estaba decidida a ignorarlo. Ella no le daría la satisfacción de preguntarle qué quería decir ni mostrar interés hacia él.

Hubo un silencio tenso, mientras se enzarzaban en una silenciosa batalla de voluntades. Ella intentaba desesperadamente lucir como desinteresada, pero él preservaba una sonrisa satisfecha, que jugaba en su boca.

Finalmente, ella perdió la cabeza.

—¿Qué sucede? —preguntó, odiándose a sí misma por haberle dado a él esa entrada.

Esa sonrisa masculina se hizo más amplia. ¡Qué canalla!

—Por un momento, usted mostró cierta emoción. Nunca había visto a nadie ejercer tanto control sobre sí misma. Fue como si se hubiera transformado en una estatua, aunque de una belleza impresionante.

Victoria se quedó con la mandíbula abierta, ante sus palabras. Sus emociones eran desenfrenadas, estando dominada por un remolino de pensamientos confusos y sentimientos inidentificables. Nunca se había sentido tan fuera de control, como si no pudiera decidir cómo sentirse ni qué pensar.

En el transcurso de una cena, este hombre apareció de la nada, y echó a perder todos sus planes bien ejecutados para la velada.

—Acaso, ¿un gato le comió la lengua? —preguntó él, cuando ella siguió mirándolo fijamente. Entonces, sus ojos brillaron y una llama indeseable se encendió en Victoria—. Usted es un gato afortunado —agregó él, apaciblemente.

—Su comportamiento es absolutamente escandaloso, Lord Salford. No tengo por qué sentarme aquí y permitir que me hablen de esa manera. ¡Ya basta!

Antes que Lord Salford tuviera oportunidad de responder, Edward anunció el final de la comida, y la madre se levantó para invitar a las damas al salón.

Sin volver a mirar al odioso lord, Victoria se puso rápidamente de pie.

Mientras las damas caminaban hacia el salón para tomar el té, charlando y riéndose alegremente, Victoria sintió una abrumadora necesidad de salir corriendo. Percibió como si algo monumental hubiera cambiado en ella, esa noche. Había sentimientos que no esperaba ni acogía, los cuales se arremolinaban en su interior.

Y ya era demasiado esfuerzo intentar mantener su distancia impasible de todos, mientras luchaba contra estos pensamientos no deseados.

Su madre estaría sorprendida y decepcionada, que Victoria fuera a poner excusas, pero en ese momento, a ella no le importó eso.

Llamando a un lacayo, que estaba rondando por la zona, le pidió que le llevara una nota a su madre, diciéndole que había contraído gripe, y se excusaba de la fiesta.

Victoria se dirigió rápidamente hacia las escaleras, y decidió que probablemente se estaba enfermando. Eso explicaría perfectamente lo extraña que se había sentido, durante toda la noche, y por qué un desconocido la afectaba de esa manera tan inusual.

Sintiéndose decididamente más a gusto, pasó silenciosamente por el comedor, donde los caballeros sin duda estaban disfrutando de sus puros y copas de oporto.

¡Sí! Se sentía mal por culpa de una enfermedad, no debido a un hombre extraño, al que ni siquiera conocía.

Una repentina explosión de risas se escuchó detrás de la puerta cerrada del comedor y Victoria supo, sin saber muy bien cómo, que una pertenecía a Lord Salford.

Su ánimo se desplomó, una vez más, mientras su corazón se agitaba ante el sonido. No era la enfermedad lo que la perturbaba esa noche, sino él. Y eso, simplemente, no lo podía permitir.

Capítulo cuatro

Hacía frío y estaba oscuro. Victoria estaba aterrorizada.

La nieve crujía bajo sus pies, mientras se apretaba más la capa contra el cuerpo.

Había caminado por esos terrenos, cientos de veces, en su corta vida, tanto con su institutriz como sola. Nunca antes había tenido miedo.

Pero entonces todo parecía diferente, más siniestro, bajo la pálida luz de la luna.

Se había despertado, en la casa, cuando un ruido la alertó del sonido de alguien moviéndose alrededor.

La curiosidad la dominó.

Toda la familia estaba en Brentwood Abbey para pasar la Navidad.

Incluso James había regresado de Oxford.

Victoria, al ser diez años más joven que James, había quedado excluida de la mayoría de las festividades: tanto de bailes como de cenas.

Así que, fuera lo que fuese lo que estaba pasando ahora, ella no se lo iba a perder.

Se sorprendió al ver una figura masculina salir disparada de la casa hacia los jardines, y se dio cuenta que tal vez se trataba de algo, que se suponía que era secreto.

No obstante, su curiosidad pudo más que ella, y después de solo un segundo de vacilación, se apresuró a agarrar una capa, y meter sus pies en unas botas resistentes, sin siquiera molestarse en atarlas, antes de volar tras la misteriosa figura.

La luz de la luna iluminó las huellas frescas sobre la nieve, en polvo, y, reuniendo coraje, Victoria las siguió, pisoteándolas.

Debía ser James, esa figura, a quien ella estaba siguiendo.

Edward nunca haría algo, que no fuera absolutamente correcto, y difícilmente su padre estaría ahí afuera, en ese frío.

Las huellas seguían y seguían, y Victoria empezó a arrepentirse de su decisión de perseguirlas.

Había llegado hasta el estanque, ahora congelado, y todavía no había avistado quién era el desertor.

Justo cuando Victoria decidió darse por vencida y regresar, un destello de luz llamó su atención.

Vio una antorcha, justo al otro lado del estanque, detrás de un bosquecillo de árboles.

Victoria decidió que sería una broma maravillosa acercarse sigilosamente, y asustar a James, a quien siempre le gustaban las bromas, y caminó de puntillas, alrededor del lago, hacia la luz.

Tomándose su tiempo para asegurarse que no la descubrieran, Victoria se arrastró hacia los árboles.

Extendió una mano, apartando las últimas ramas del camino, y saltó hacia delante.

Su grito, diseñado para asustar a su hermano, murió en su garganta.

Ella se había equivocado. ¡Oh, estaba muy equivocada!

El hombre misterioso no era James.

¡Era su padre!

Y aquella mujer, a la que abrazaba, ¡no era su madre!

Su padre había volteado para mirarla, cuando ella saltó de detrás de los árboles, pero

ese rostro paternal delataba un horror naciente.

—Victoria —jadeó, mientras le tendía una mano.

—¡No! —gritó ella con los ojos llenos de lágrimas—. No me toques.

Ella estaba confundida, asustada y molesta.

Dando media vuelta, echó a correr. Las ramas de los árboles le arañaban la cara, y se enganchaban en su capa.

—¡Victoria!

El grito de su padre la siguió, y ella oyó sus pasos, apresurándose tras ella.

Victoria corrió a ciegas, sin comprender del todo lo que había visto, pero sabiendo que no era nada bueno.

El estanque apareció frente a ella y en lugar de perder tiempo, bordeándolo, corrió a toda velocidad sobre la superficie helada.

Apenas dio unos pasos, cuando oyó el siniestro sonido de un crujido.

—¡Victoria, regresa!

Ella dio la vuelta para ver a su padre con expresión de pánico, y una mano extendida hacia su persona.

El hielo todavía se estaba agrietando, y ella sabía que el mismo estaba a punto de desaparecer por completo, debajo de ella.

Dio un paso cuidadoso hacia su padre, y su pie atravesó el hielo.

El tiempo pareció detenerse por completo, por un momento.

Victoria estaba suspendida con un pie debajo de la superficie.

—¡Papá! —gritó ella, mirándolo a los ojos, y viendo el horror en ellos.

Y luego, ella se fue.

El agua helada estaba tan fría, que le robó todo el aliento del cuerpo.

Se sumergió bajo el agua, rodeada de silencio y oscuridad.

El shock la hizo jadear y sus pulmones inmediatamente se llenaron de agua, provocándole un pánico insoportable.

La oscuridad la presionaba, cada vez más, sus pulmones parecían hacerse cada vez más pequeños, y su pecho se llenaba de un dolor insoportable...

Victoria se sentó, jadeó en busca de aire y con la mirada recorrió la habitación con un pánico ciego.

Parecía que le tomó una eternidad calmarse y recuperar el aliento.

Estás a salvo, se dijo a sí misma, una y otra vez, hasta que el miedo desapareció.

Ella no estaba en el lago, estaba a salvo en su cama.

Ella no se estaba ahogando, estaba en tierra firme.

¿Y su padre?

Victoria se llevó una mano a la cara, sintiendo las lágrimas que corrían por ella.

Había pasado una eternidad desde que ella tuvo esa pesadilla, volviendo a vivir los viejos sentimientos de terror y dolor.

¿Qué había provocado el regreso de esa pesadilla, precisamente esa noche?

Por supuesto, ¡Salford!

Solo pudo haber sido él y su incesante charla, la cual tenía como objetivo confundirla.

Se fue a la cama, en un estado latente de confusión, sintiéndose ansiosa y nerviosa. Y esto fue el resultado de ello. Sabía que ahora el sueño la eludiría.

Al mirar el reloj sobre la chimenea, vio que no era media noche, como había supuesto, sino muy temprano en la mañana.

Victoria solía levantarse temprano, pero esto era algo extremo, incluso para ella, y obviamente su criada no estaría esperando todavía que la llamara.

Su mente estaba plagada de recuerdos y pesadillas. De repente, las cuatro paredes de su dormitorio se sintieron demasiado pequeñas y confinadas.

Ella necesitaba salir urgentemente.

Victoria se puso rápidamente su traje de montar azul empolvado y sin molestarse en recogerse el cabello, se dirigió a los establos, en un tiempo récord. Necesitaba montar. Sentir el aire fresco en la cara, respirar profundamente y recordarse a sí misma, que sus pulmones no se estaban llenando de agua, que su respiración no estaba fallando, y que su vida no estaba terminando...

Al llegar a los establos, Victoria buscó a su yegua. Había tenido a Lady, durante años, y la pareja tenía una afinidad, que Victoria nunca había disfrutado con un ser humano.

Montar a caballo era la única pasión que se permitía satisfacer.

No pasó mucho tiempo, antes que Victoria montara y sacara la yegua de los establos. Se dirigió hacia las onduladas praderas de los parques, que rodeaban Brentwood Abbey.

Hoy no había nevado, pero la amenaza de nevada se cernía sobre el cielo. La hierba brillaba por la escarcha, y el aire era fresco y tranquilo. Este era un lugar aislado, silencioso y perfecto para lo que ella quería. Empujando suavemente a Lady para que trotara, pronto cogió cierta velocidad, y ella tomó el mando de la yegua.

Casi inmediatamente, Victoria sintió la familiar sensación de la libertad. Su sonrisa se amplió, su corazón latió con fuerza y su cabeza se despejó de pensamientos negativos. Ahora sí, realmente, ¡ella se sentía viva!

Victoria cabalgó hasta que el sol salió sobre los acantilados distantes y el cielo se iluminó con gloriosos tonos de rosado y naranja. Llegó hasta la cima de una colina, en el límite de la finca, y tiró de las riendas de Lady para detenerla. Desmontando, pasó las riendas alrededor de la rama de uno de los árboles que estaban dispersos por la ladera de la colina.

No era frecuente que subiera hasta allí o se detuviera para verdaderamente apreciar la belleza, que la rodeaba, aunque esa mañana lo hizo. Se entregó a un espíritu fantasioso, que no sabía que poseía, y simplemente, se quedó allí, admirando la vista.

Estaba tan cautivada y absorta en la gloria del cielo de la mañana, que no oyó el sonido de los cascos, que se acercaban.

—Hermosa mañana, ¿cierto?

El sonido de la voz masculina, detrás de ella, hizo que el corazón de Victoria se detuviera, en su pecho, antes de volver a latir lo suficientemente fuerte como para resonar, en todo el campo.

Ella giró para enfrentarse a Lord Salford y mirarlo fijamente a la cara sonriente.

Él lucía resplandeciente con su abrigo de montar verde cazador, y eso la hizo enojar más por su interrupción, que por cualquier otra cosa.

—¿No hay forma de escapar de usted? —espetó ella, mientras él desmontaba y ataba su montura, al lado de la de ella, quien sufría, ante su corazón latiendo con fuerza por el miedo, y por algo más, a lo que se negaba a ponerle nombre.

—Buenos días a usted también —respondió él con una sonrisa y una reverencia.

Victoria lo miró con el ceño fruncido, antes de voltear para contemplar el campo vacío con su pacífico estado de ánimo destrozado.

—¡Qué vista más bonita! —manifestó él, en voz baja.

—Sí, el campo es especialmente hermoso, en esta época del año —replicó ella,

automáticamente, a regañadientes.

—No estaba hablando del campo, Lady Victoria.

Ella puso los ojos en blanco y emitió un resoplido poco femenino. Era tan impropio de su persona, que se llevó una mano a la boca.

Lord Marcus se colocó frente a Victoria, mirándola y bloqueándole la vista hasta que todo lo que ella vio fue a él.

—Usted me hiere, milady, al reírse de mis cumplidos.

Ella levantó una ceja con desdén.

—¿Normalmente es usted tan dramático con sus cumplidos, milord? —preguntó ella, sorprendida de encontrarse burlándose de él.

—Solo cuando la situación lo amerita. —Esa sonrisa que acompañó la respuesta, la dejó a ella sin aliento.

—¿No se toma nada en serio, Lord Salford? —Victoria meneó la cabeza.

—Me tomo muchas cosas muy en serio, Lady Victoria. Y hablo completamente en serio, cuando le digo lo hermosa que es usted.

Él no parecía estar bromeando con ella, y eso la ponía muy nerviosa.

—No debe decir esas cosas —le advirtió.

—¿Por qué no, si son ciertas?

Ella soltó una risa suave.

Él era un tipo imposible.

—Porque —balbuceó, ella que nunca balbuceaba, y siguió—, eso no se hace. Hay reglas...

—¿Reglas? —repitió él, riéndose—. ¿Nunca ha conocido el placer de romper algunas reglas, milady?

Esa voz masculina, ahora era suave, seductora y sumamente tentadora.

—No, no lo he hecho —dijo ella con firmeza—. Ni quiero hacerlo.

—¡Oh, vamos! —Él se acercó y Victoria clavó los talones en la hierba dura para no dar un paso atrás—. ¿Nunca se ha preguntado cómo se siente al hacer eso? Ese pequeño escalofrío de excitación que se siente, al hacer algo que se sabe que está mal, pero que se siente… — Levantó la mano, acariciando su mejilla con el pulgar, y levantándole la barbilla hasta que su rostro quedó hacia el suyo—. ¡Tan bien!

Victoria quedó atrapada en el hechizo que él estaba tejiendo, su sangre zumbaba y su piel hormigueaba. Ella se sentía como si fuera una marioneta, atada a un hilo, y que él fuera el maestro titiritero.

—Anoche hablé con algunos de los otros invitados, ¿usted sabe? —Él siguió hablando con su rostro a escasas pulgadas del de ella—. Todos me hablaron de su frialdad… de su comportamiento frío… de su frialdad.

—¿Y eso no lo inspiró a usted para mantenerse alejado? —preguntó ella, escuchando que su voz se quebraba, mientras era incapaz de hacer algo al respecto.

Aunque Victoria se negó a sentirse herida por lo que la gente decía de ella. Más bien, todo esto significaba que su gélida imagen, cuidadosamente cultivada, estaba teniendo éxito.

—Al contrario, me dieron ganas de calentarla un poco, ¡quiero descongelar todo ese hielo!

Antes que ella pudiera adivinar lo que él quería decirle, esos labios descendieron hacia los de ella y su boca fue capturada en un beso ardiente.

Todo el cuerpo de Victoria se sentía como si estuviera en llamas, mientras que ciertas

sensaciones, distintas a las que había experimentado antes, recorrían sus venas.

Sus piernas se doblaron y ella extendió la mano, agarrando las solapas de su chaqueta, mientras él la envolvía en sus brazos y la acercaba aún más. Esa lengua recorrió la costura de sus labios, y Victoria abrió la boca. El instinto tomó el control, mientras su mente se quedaba en blanco de puro placer.

No supo cuánto tiempo estuvieron allí, abrazados. Fueron segundos y eones. Esto fue algo que sacudió la Tierra, y le cambió la vida completamente. Ese estremecimiento, insoportablemente placentero, la hizo perder el control, que tanto había guardado fuertemente, haciéndola sentir, como si quisiera realizar cualquier cosa para seguir experimentándolo.

Pero… Él es "igualito" a mi padre…

El pensamiento la golpeó y Victoria jadeó, apartándose violentamente de los brazos de Marcus. ¿Qué diablos estaba haciendo? Allí de pie, a la vista del Cielo, se comportaba de esta manera escandalosa.

—Victoria… —Marcus volvió a intentar alcanzarla, pero ella extendió una mano para alejarlo, y tropezó hacia atrás.

—Usted, no me toque —jadeó ella con las mejillas sonrojadas, ardiendo de mortificación por estas acciones lascivas.

Victoria no era más que una desvergonzada, actuando de esa manera y sintiendo esas cosas. ¡No era mejor que su padre! Esos pensamientos eran tan vergonzosos, que ella sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Victoria. —Él intentó de nuevo, pero el temperamento de ella, uno que había reprimido durante años, salió a la superficie.

—Usted, ¡no debe dirigirse a mí de manera tan informal! —le gritó—. ¿Cómo se atreve? No le he dado permiso para hablarme así, para hacer... hacer... aquello.

—Eso fue un beso, mi belleza —respondió él con una sonrisa, aunque mantuvo la distancia, algo que ella agradeció—. Y créame, no tenía idea que sería así.

—¿Pretende que confíe en usted? —espetó, furiosa con él y consigo misma, en medio de la situación, en la que se encontraba—. ¿Por qué diablos voy a confiar en usted? Ni siquiera lo conozco. Y usted viene aquí, confunde mis pensamientos, me besa y…

—Hubo dos personas involucradas en ese beso, Victoria, y puede confiar en mí.

Ella ya le había dicho que no se dirigiera a ella de manera tan informal, lo cual, Victoria admitió para sí misma, parecía un poco inútil dado lo que acababa de hacer. Simplemente, quería volver a montar en su yegua, y huir de él y de la confusión, que él estaba causando. Peor aún, debía evitar la tentación, que él representaba.

Porque ella todavía estaba tentada. Más bien, quería tocarlo y besarlo. Incluso confiar en él.

—No voy a escuchar eso. —Ella escupió, antes de voltear para ir hacia su yegua.

—Espere…

Victoria dio la vuelta.

—¿Por qué no me deja en paz? —exigió ella—. Usted mismo lo ha dicho, todo el mundo le ha dicho quién soy. ¡Lo que soy! ¿Por qué no me deja en paz?

Lord Marcus la observó por un momento, analizándola como si estuviera tratando de descifrar o decidir algo. Deseaba poder estar al tanto de sus pensamientos.

Finalmente, él avanzó hacia ella, lentamente, con cuidado, como si ella fuera una yegüita asustadiza, a la que intentaba no asustar. Sin embargo, en cierto modo, ella estaba temerosa.

—Victoria… No creo que eso sea como usted cree… Ni por un segundo.

—Después de apenas una cena, una conversación, ¿usted cree que es así? ¡No sea ridículo! —Victoria meneó la cabeza con incredulidad.

Marcus se le acercó aún más.

—Una mujer sin sentimientos y sin corazón no sería capaz de besar con esa pasión, Victoria. Y sus ojos no estarían iluminados con ese tipo de fuego, en ese momento… —Una vez más, él levantó una mano y le acarició la mejilla con un dedo—. Usted está llena de deseos y sentimientos. Y si soy el único que lo ve, bueno, eso lo hace aún más embriagador.

El corazón de Victoria estaba acelerado y su respiración era superficial.

¿Qué le estaba haciendo? Sentía como si él fuera una especie de hechicero, que despertaba cosas dentro de ella, las cuales creía muertas o inexistentes.

—No tiene ni idea de lo que está hablando —aclaró Victoria, aunque incluso ella percibió la duda en su voz—. Usted no me conoce.

—Pero tengo muchas ganas de rectificar eso —dijo con un guiño.

Antes que ella pudiera reaccionar o volver a reprenderlo por su audacia, él caminó rápidamente hacia su caballo, al que había atado al lado de su propia montura. Subiendo al animal, se dirigió hacia ella con una sonrisa.

—No interrumpiré más su soledad —expresó con dulzura—. Pero tendré que insistir en que me reserve un turno esta noche, en el baile de su madre.

—¡Elegiré a mis propios compañeros de baile! —espetó ella.

—Me hicieron creer que usted nunca baila.

—Nooo, no-o lo sé —tartamudeó. ¿A cuántas personas había interrogado sobre ella? —Pero, si decido bailar, yo decidiré con quién.

—Y así debería ser. Solo asegúrese que también sea conmigo, Victoria.

—¡Deje de llamarme Victoria! —gritó, prácticamente perdiendo los estribos.

Él sonrió ampliamente y luego le dio un codazo a su ejemplar para que entrara en acción. Justo antes de desaparecer por la ladera, dio la vuelta para mirarla de frente.

—Deje de negar lo que siente —la desafió—. Y, por favor, llámeme Marcus.

Capítulo cinco

Ella no quería bailar. Aunque lo haría, si quisiera. Finalmente, no lo hizo.

Edward se había ofrecido, obedientemente y valientemente, a bailar con ella, lo que la había sorprendido un poco. Ella se había negado, pero la oferta la había conmovido. Por lo general, él no era tan atento y considerado.

De hecho, pensó, mientras veía a su hermano mayor bailar con la otra Birchlee, quien se llamaba Elizabeth o algo así, que estaba empezando a ver un cambio marcado en Edward.

Acaso, ¿él se estaba ablandando?

Ella se distrajo de sus cavilaciones por la aparición de otro caballero, del que se deshizo con otro rechazo fríamente cortés.

Victoria había descubierto que bailar les daba a los hombres la desagradable costumbre de intentar entablar conversación con ella. Y teniendo en cuenta que, por lo general, una conversación masculina era tan interesante, como ver a los sirvientes lustrar los candelabros, esa no era una actividad que quisiera fomentar.

Y aún así…

Ella miró a Lord Marcus, incapaz de evitarlo. Él realmente era el hombre más apuesto y encantador del salón. Y él siempre estaba tan… pero, tan feliz.

¿Cómo lo hacía?

¿Cómo podía recorrer la vida con una sonrisa, siempre presente, y una disposición feliz, bromeando y bromeando todo el tiempo?

Incluso ahora, ella audazmente ignoró la punzada de celos, que atravesaba su corazón, pero lo observó, mientras él se reía despreocupadamente, sin importarle la actitud rígida, que se esperaba de las damas y caballeros de la sociedad.

Él acababa de terminar un baile con Lady Viola, y la llevaba a su madre. No obstante, Victoria se dio cuenta que mientras se acercaban a la madre y a las otras damas, que estaban con ella, Lady Viola seguía agarrando fuertemente el brazo de Marcus, sin querer soltarlo.

Victoria apretó la mandíbula. Sin embargo, esto no era asunto suyo. Realmente, a ella no le importaba. ¿O sí? Pero, él es guapo y encantador, ¿no?

Seguidamente, ella lanzó una rápida mirada a su madre, quien había aparecido a su lado, antes de dar vuelta para ver hacia el salón de baile.

—Madre, ¿a quién te refieres?

—Vamos, Victoria. Nunca te había visto mirar a nadie más que de pasada.

Victoria se negó a admitir nada, ante su madre, y por eso permaneció en silencio.

—Tuvimos una conversación muy interesante, ayer por la noche, ¿lo sabes? Después que desaparecieras de la fiesta de manera tan grosera.

—Envié un mensaje, diciendo que estaba enferma.

—Sí… Estabas mintiendo.

Victoria sintió que su temperamento estallaba.

—¿Qué quieres, madre? —espetó.

Su madre jadeó, a su lado, obviamente sorprendida por la muestra de irritación de Victoria, pero no reprendió a su hija, ya que no lo haría en presencia de los demás. En lugar de eso, adoptó nuevamente su expresión serena.

—Lord Salford vino directamente a verme, después que los caballeros entraron en el

salón. Quería saber dónde estabas.

Victoria luchó por mantener su rostro impasible, algo que para ella normalmente era tan fácil como respirar.

—Me hizo muchas preguntas, ¿sabes? Está muy interesado en ti, en tu vida, en tus amigos…

Ciertamente, su madre quería que ella participara en la conversación, y que le hiciera algunas preguntas. Victoria permaneció obstinadamente muda. Al cabo de un rato, la madre suspiró y puso su mano sobre el brazo de Victoria, obligándola a girar hasta que quedaron frente a frente.

—Él es de excelente linaje, Victoria. —Los ojos de su madre brillaban y estaban más animados, que desde que se enteró que James regresaba a casa—. Y sus ingresos superan a los de la mayoría de los pares del reino.

—Y se supone que esto me interesa, ¿por qué? —preguntó Victoria, manteniendo su tono aburrido. Aunque ya sabía la respuesta. Obviamente, su madre había decidido que ella debía casarse con el exasperante conde.

—Por el amor al Cielo, Victoria. Seguro que sabes por qué… Has permanecido soltera, durante demasiado tiempo. Si el hombre está interesado en ti, cásate con él y...

—¿Y qué? ¿Me voy de aquí? ¿Deseas tanto que me vaya, que me arrojarás a los pies del primer hombre, que muestre interés en mí?

Los ojos de la madre brillaron con una emoción poderosa, antes de extender la mano y agarrar los brazos de Victoria.

—Por supuesto que no. ¿Cómo se te ocurrió pensar algo así?

—¿No es eso lo que está pasando?

—¡No! —respondió su madre con firmeza—. Ha habido incontables hombres, que han mostrado interés por ti, Victoria. Lo que está pasando es que tú estás mostrando interés por él.

Las palabras de su madre conmovieron a Victoria hasta lo más profundo de su alma. No quería que fueran ciertas, pero sabía que lo eran. Indudablemente, algo se movía dentro de ella, despertándola, como si saliera de un sueño profundo. ¡Y ella no quería eso!

Sin decir una palabra más, dio la vuelta y salió corriendo del salón de baile, directamente a través de las puertas francesas, que conducían a la terraza.

En esta época del año, el balcón estaba vacío.

Nadie era tan tonto como para aventurarse a salir afuera, en un clima gélido, y mucho menos con un delicado vestido de encaje, típico de la noche.

El aire helado golpeó a Victoria, en el momento en que abandonó la comodidad de la mansión, pero a ella no le importó esto. Bajó corriendo los escalones de la terraza y entró al jardín, queriendo poner distancia entre ella y todos los demás, y buscando consuelo en el aislamiento, que se había impuesto, desde la noche de la muerte de su padre.

Sin embargo, esto ya no funcionaba. No podía controlar sus pensamientos ni el impacto de las palabras de su madre. La verdad era que Lord Marcus la estaba afectando de una manera, que nunca nadie había logrado hacerlo, y eso la aterrorizaba.

—Si usted hubiera querido seducirme, hermosa y preciosa dama, podría haber elegido un lugar más cálido.

Victoria giró al oír la voz detrás de ella, y vio a Marcus, luciendo injustamente guapo, a la luz de la luna.

—¿Usted me siguió? —preguntó ella, mientras el aire se convertía en humo con su aliento.

—Sí, lo hice —respondió simplemente, dando un paso más cerca.

—¿Por qué? ¿Cómo sabía que yo estaba aquí?

—La vi salir. Esperaba que fuera para que pudiéramos estar solos. Debe saber que la he estado observando toda la noche.

Victoria lo miró con el ceño fruncido. Había venido allí para aclararse la cabeza, no para confundirse aún más.

—Y por la recepción que estoy recibiendo, puedo ver que estaba muy equivocado. Aún así —continuó él, con un tono jovial—, no tiene sentido desperdiciar una buena oportunidad.

Antes que Victoria pudiera cuestionar lo que él dijo, Marcus la atrajo hacia su cuerpo, y bajó la cabeza, sin duda con la intención de capturar sus labios, en otro beso devastador.

Pero ella giró la cabeza hacia un lado y se soltó de sus brazos.

Él la dejó ir inmediatamente.

—Bueno, valió la pena intentarlo —lo dijo con una sonrisa.

Victoria estaba a punto de darle un feroz regaño, cuando de repente se levantó una fuerte ráfaga de viento helado.

El encaje bordado de su vestido dorado no era rival para el frío clima de diciembre, y ella tembló, apretando la mandíbula para que sus dientes no castañetearan.

Marcus la recorrió con la mirada, frunciendo el ceño.

—Ni siquiera me había dado cuenta que usted había salido aquí de esa manera —expresó, mientras se quitaba la chaqueta y se la ponía a ella, sobre sus hombros—. ¿Qué diablos estaba pensando? ¡Usted se va a congelar!

Victoria quedó inmediatamente rodeada de su calidez y aroma, sintiéndose tan bien, increíblemente bien. ¡Y a salvo! No obstante, su corazón volvió a latir con pánico.

Nuevamente, ella no quería esto. Deseaba luchar contra este creciente apego, considerando que esas sensaciones lastiman a las personas. ¡Y las matan!

—No quiero su ropa, milord —espetó, aunque tuvo que admitir que el calor contra su piel fría era maravilloso.

—Entonces, ¿qué es lo que usted quiere? —preguntó él, suavemente, apretando sus manos sobre esos hombros para que ella no pudiera quitarse la prenda.

—Quiero que me deje en paz —dijo con firmeza.

Su mirada se clavó en la de ella, antes de suspirar, y dejar caer las manos.

—Si le prometo volver adentro ahora, ¿podría quedarse con el abrigo puesto?

—¿Y usted entrará así al salón de baile? —Ella se burló, agitando la mano hacia su camisa de lino, su chaleco blanco, como la nieve, y su corbata, deseando que su boca no se secara, al ver sus hombros anchos y ese pecho tan sólido.

—Créeme, mi amor. —Él sonrió—. Me han pillado en peores situaciones.

Por supuesto, él era incorregible.

—Bueno, no estoy segura que a su Lady Viola le guste el escándalo. —Ella resopló, esperando que la envidia, que sentía por la otra chica, no fuera evidente, en su tono.

Pero debió ser así, porque la sonrisa de él se hizo más amplia.

—Usted está celosa —dijo, como si eso fuera algo maravilloso.

—No lo estoy —negó ella con vehemencia—. Si usted y la dama deciden hacer alarde de su estima frente a la mitad de la alta sociedad, abrazándose el uno al otro, toda la noche, a mí eso no me preocupa. Personalmente, encuentro esas exhibiciones muy vulgares.

Para el disgusto de Victoria, él echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Como ya le he dicho —afirmó, en voz baja—. Entre Lady Viola y yo no hay nada más

que amistad.

—¿Por qué debería importarme eso? —respondió ella con petulancia, aunque le agradó oírlo decir esto, lo cual era terriblemente inconveniente para ella.

—Probablemente, no debería —respondió él, afablemente—. Pero creo que si eso la molesta…

—Entonces, ¿usted está jugando con el afecto de la dama?

Marcus murmuró algo en voz baja.

—No tengo afecto con que jugar —replicó él—. Al menos, no por mí. Su corazón pertenece a otra persona. Y aunque no fuera así, yo no la querría. Y ella lo sabe.

—¿Se supone que debo creer que usted no tiene ningún interés en una mujer hermosa, bien educada y rica? —preguntó ella, levantando una ceja.

—Sí, eso es exactamente lo que se supone que debe creer —respondió él con paciencia —. Es así, en este caso.

Victoria examinó su rostro, preguntándose si él estaba diciendo la verdad, y por qué a ella, la dama del hielo, le importaba él.

—¿Usted me cree? —preguntó él, cortésmente, y la miró atentamente.

Victoria sintió otra oleada de pánico, y algo mucho más peligroso, cuando las manos de Marcus se extendieron para agarrar sus brazos.

—¿Qué importa? —preguntó ella, intentando sin éxito sonar fría e indiferente, como de costumbre.

Marcus la observó durante tanto tiempo, que ella pensó que no respondería.

—Sí importa —susurró él finalmente.

—¿Por qué? —murmuró ella, en respuesta.

—No sé si lo sé —respondió él con una sonrisa irónica—. Pensé que esto, lo nuestro, lo que he estado sintiendo, era solo atracción. Perfectamente natural, dada su desgarradora belleza.

Victoria se quedó sin aliento, al oír esas palabras. Si no fuera por la confusión de ambos, pensaría que él era sincero.

—Ese pelo —continuó, como si estuviera hablando consigo mismo—, esos ojos increíbles. ¿Cómo podría no desearla a usted? Pero, esto… —siguió, ahora mirando esos ojos de ella, que eran bellos y resplandecientes—, lo que siento por usted va mucho más allá de todo lo que he experimentado jamás.

—Usted no me conoce —replicó ella, como venía repitiendo, desde que se conocieron.

—Lo sé, eso es lo que lo hace tan extraño. —Él sonaba tan perdido, como ella, y eso la ponía nerviosa.

—Esto es ridículo… Vuelvo al baile —manifestó Victoria, quitándose la chaqueta y tendiéndole la prenda—. Gracias por su caballerosidad.

—No creía que fuera capaz de hacerlo, ¿eh? —preguntó él, volviendo a su habitual y molesto yo—. Bueno, usted tenga la seguridad, mi amor, que sé cómo mantener caliente a una dama.

Ella estaba encantada con él. Pero no con su comportamiento escandaloso ni con su sonrisa, ni con ese guiño.

—Buenas noches, Lord Salford.

Él extendió una mano y le agarró el brazo, antes que ella se escapara.

—Llámeme Marcus —dijo suavemente.

—No sería apropiado —insistió ella.

—¿Usted puede complacerme? —Él la animó con una sonrisa.

Victoria no supo qué le pasó en ese momento. Tal vez, él había logrado derretir parte del hielo que rodeaba su corazón. Quizás estaba cansada de ocultar el hecho que era una mujer con sentimientos. Posiblemente, después de todos estos años, había decidido que era hora de arriesgarse.

—Buenas noches —repitió con severidad, antes de permitirse una pequeña sonrisa—. Marcus.

Su propia respuesta hizo que ese corazón femenino diera un vuelco inesperado. Mientras se apresuraba a regresar al interior, Victoria se dio cuenta que podría estar en un verdadero peligro.

Capítulo seis

El día amaneció brillante y claro. Victoria bajó rápidamente las escaleras para romper el ayuno. Trató de convencerse a sí misma, que solo tenía prisa porque estaba ansiosa por comer, y luego salir a dar su paseo, mientras la mayor parte de la familia todavía estaba en cama.

Sin embargo, en el fondo, ella sabía lo que realmente estaba pasando.

Después de las últimas dos noches, desde el baile, Marcus y ella eran las únicas dos personas que estaban en la sala de desayuno, a una hora tan temprana, y habían dado paseos matutinos por los parques.

Ella fingía que él era una molestia, todos los días.

No obstante, él siempre regresaba.

Todas las mañanas, él la saludaba con una sonrisa y un beso en la mano, aunque ella lo reprendía, una y otra vez, rechazando la petición de pasar la mañana con él. Y al final, ella aceptaba su compañía de mala gana, aunque no había ninguna verdadera reticencia, de parte de ella, en absoluto.

Por supuesto, su madre estaba fuera de sí. Estaba convencida que Victoria y Marcus pronto llegarían a un acuerdo, pero Victoria no pensaba tal cosa. Todo lo que sabía era que cuando estaba con él, la oscuridad era un poco más brillante, la frialdad se volvía más cálida y su corazón era un poco más ligero.

Al entrar al comedor, el corazón de Victoria dio un vuelco, como de costumbre, al verlo sentado allí. Él se puso de pie, tan pronto como ella entró, con una amplia y acogedora sonrisa, en su hermoso rostro.

—Lady Victoria. —Él hizo una reverencia y echó una rápida mirada a los lacayos, que rondaban los extremos de la sala.

Al menos, en este lugar, él tenía la previsión y delicadeza de ser formal, cuidándose de quienes los rodeaban. Sin embargo, cuando ellos estaban solos en los parques, él era muy diferente.

—Buenos días, Lord Salford —dijo ella con frialdad y cortesía—. Espero que usted haya dormido bien.

—No, me temo que no —replicó, mientras ella se sentaba a su derecha, y él volvía a acomodarse en su silla—. Una hermosa reina de hielo acosaba mis sueños.

Los ojos de Victoria se clavaron en los de Marcus, sorprendida por su atrevimiento.

Él se arriesgó a mirar a los lacayos, pero ellos permanecieron estoicos, como siempre. No obstante, ella sabía que el personal hablaba con mucha fluidez, lo miró con el ceño fruncido, y esperaba que sus ojos le transmitieran una advertencia.

Simplemente, en respuesta, Marcus sonrió inocentemente, lo cual era una señal segura que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—¿No es usted un poco mayor para prestar atención a los sueños? —preguntó ella con frialdad.

—Por lo general —respondió él con calma y naturalidad—. Pero este… bueno, no es del tipo que se olvida fácilmente. No, nunca…

Para sorpresa de Victoria, ella sintió que un rubor calentaba sus mejillas. Él también lo notó, a juzgar por su sonrisa petulante.

El lacayo se adelantó para servirles el té.

—¿No va a comer? —preguntó Marcus.

—No, no tengo mucho apetito esta mañana —respondió ella.

—Todo ese ejercicio, caminando por los sueños de la gente, ¿no le dio hambre? —insistió él, suavemente.

—Marcus —susurró en voz baja, solo para que él la oyera—. Basta.

—¿Nos vemos en los establos, en media hora? Tengo que organizar algo, antes que salgamos a cabalgar, esta mañana.

—¿Está seguro que me reuniré con usted solo por esta mañana?

—Bueno, o sino la sigo todo el día. Usted decide.

Victoria se mordió el labio para no sonreír, pero eso fue inútil, más bien, él la hizo sonreír.

—En media hora, eso es todo —dijo, antes de levantarse y salir de la sala.

Más tarde, Victoria se dirigió a los establos. Ya tenía a Lady ensillada y lista para montar, cuando Marcus apareció a la vista.

Él llevaba una cesta cubierta con una manta.

—Pensé que podríamos quedarnos afuera un poco más hoy —expresó—. Y considerando que va a necesitar su energía para flotar en mis sueños, toda la noche, pensé que también debe alimentarse bien.

—Entonces, ¿esa misteriosa reina del hielo era yo? —bromeó.

Marcus dejó la canasta en el suelo y caminó hacia ella, deteniéndose a solo pulgadas de donde estaba.

—Con un cabello tan negro como la noche, ojos de un azul hielo, que podrían atravesar el alma de un hombre, y un rostro por el que los hombres librarían guerras. ¿Quién más podría ser sino usted?

—Pero… Usted es realmente, terriblemente dramático, ¿lo sabía? —preguntó ella, sin embargo, su voz temblaba un poco.

—Solo cuando estoy cerca de usted, mi amor —respondió él.

Pronto los ejemplares estuvieron listos, y ambos partieron galopando por el campo, dando ventaja a las monturas. No obstante, en lugar de seguir su ruta habitual, Marcus tiró de las riendas de su caballo y lo detuvo.

Victoria se paró, a su lado.

—¿Hay algún problema? —preguntó ella.

—No, no hay problema. Pensé que quizás podríamos tomar un rumbo diferente esta mañana.

Ella arqueó una ceja en señal de pregunta.

—Noté que hay un estanque cerca de la casa, y me pareció un lugar agradable. Pensé que tal vez...

—No —lo interrumpió ella con el corazón acelerado, y las palmas de las manos sudorosas—. ¡No podemos ir allí!

—¿Por qué no? —preguntó él—. Se ve hermoso… Y es tan privado —agregó, bajando la voz.

—Sí, es privado. ¡Muy privado! —Victoria escuchó que el tono de su voz aumentaba, pero no pudo detenerlo. Mientras ella apretaba más las riendas, Lady se ponía más nerviosa.

—Victoria, yo…

—¿Qué quiere decir usted? ¿Quiere escabullirse a ese lugar apartado? ¿Quiere esconderse conmigo, como si fuera un pequeño secreto horrible? —Ella se estaba poniendo histérica y lo

sabía.

—No, por supuesto que no. ¿De qué está hablando? Yo simplemente...

—Sé lo que estaba planeando, Marcus. No soy completamente ingenua. ¡Ojalá lo fuera!

—Victoria, deje de pensar así. Por favor, cálmese y dígame de qué se trata.

—¿Tranquilizarme? —espetó ella—. ¡Nadie me ha dicho nunca que me calme!

Sin embargo, ella jamás había tenido que hacerlo, ese era el problema. Aunque nunca había perdido el control de esa manera ni siquiera en el pasado.

Pero Marcus no había sido la única persona, cuyos sueños fueron tormentosos, durante la semana pasada. Solo que él parecía disfrutar de esas apariciones, mientras que las de ella eran cosas de pesadillas.

Murmurando una serie de maldiciones, Marcus desmontó y se dirigió hacia la yegua de ella. Antes que Victoria pudiera comenzar a cuestionar lo que él estaba haciendo, Marcus se estiró y la sacó de su silla, como si no pesara más que una pluma.

—¿Qué está haciendo? —gritó ella—. ¡Bájeme de inmediato!

Él hizo lo que ella le pidió y la puso de pie. Pero en lugar de soltarla, la abrazó con fuerza.

—¿Parece que nos estamos escondiendo? —gruñó él, antes que sus labios descendieran sobre los de ella.

El impacto del beso fue devastador.

La ira helada de Victoria se derritió en un charco, mientras un fuego furioso la consumía. ¡Cielos! El poder que él ejercía sobre sus sentidos era increíble. Y ella estaba completamente a su merced.

Los brazos de Marcus se elevaron para rodear su cuello, y esos cuerpos se juntaron. Los besos continuaron y continuaron, y ella anhelaba aún más. Finalmente, él apartó su boca de la de ella, y la separó de él. Su respiración estaba tan agitada como la de ella. Aunque de alguna manera la confianza estaba surgiendo entre ellos, relajando el lenguaje, y abandonando algunas formalidades.

—Si me lo permites, lo gritaría a los cuatro vientos. Pero no estás preparada para eso, cariño. Y lo sé.

Victoria solo pudo mirarlo fijamente.

—Entonces, ¿por qué no me hablas y me cuentas qué está pasando? ¿Por qué te resulta tan difícil creer que quiero estar contigo...? —insistió él.

—No lo hagas —dijo ella complacida, levantando una mano, como para protegerse de sus palabras.

Él tenía razón. Ella no estaba lista.

—Por favor, no lo hagas —repitió ella.

Marcus capturó su mano y la atrajo hacia él, una vez más.

—Victoria, tienes que dejar entrar a alguien en tu vida. O siempre estarás sola. ¿Por qué no dejas que sea yo?

Marcus tenía razón. Y ella sabía que él no estaba equivocado. Además, Victoria creía que estaba conforme con la vida que llevaba, o al menos se encontraba resignada a existir de esa manera. Aunque estos últimos días con él le habían dado cierta esperanza que algún día, ella podría ser verdaderamente feliz. Tal vez con Marcus.

No obstante, ¿cómo podía decírselo? ¿Cómo confesarle su secreto más profundo y horrendo? Victoria sabía que él tenía un gran corazón, y lo demostraba cada segundo, que pasaban juntos. Pero, ¿quién podría amar a una asesina? ¿Quién podría amar a alguien que había

matado a su propio padre?

—Puedes confiar en mí, amor. Te lo prometo.

Ella estaba al borde del precipicio.

¿Debería ella simplemente creer que podía confiar en él? Sería tan agradable no tener que llevar esta carga sola. Incluso, después de aquella noche, la madre se había cerrado a Victoria, Edward asumió las responsabilidades del condado y James terminó desapareciendo.

Habían pasado más de diez años, los cuales fueron de soledad y aislamiento. En esos fatídicos años, ella se sintió aislada de todos los que la rodeaban. Sin duda, los mismos fueron años completamente carentes de amor.

¿Cómo sería simplemente dejarse llevar? ¿Dejar entrar a alguien?

—¿Victoria?

Debido a la suave voz de Marcus, ella recordó la situación en la que se encontraban, en ese momento. Ella tenía que tomar una decisión. Victoria respiró profundamente y logró esbozar una sonrisa trémula.

—Vamos al estanque —dijo ella.

Esa sonrisa masculina de respuesta fue nada menos que hermosa. Él parecía aliviado, casi orgulloso, como si supiera lo importante que era para ella confiar en él.

Y eso la hizo a ella sentirse un poco mejor.

Victoria permaneció en silencio durante el trayecto hasta el estanque. El sol ya estaba más alto, aunque todavía lucía débil y pálido, y el cielo estaba cargado con la amenaza de la nieve. A su alrededor, el paisaje estaba opaco, cubierto por una niebla helada.

El único color, que resaltaba drásticamente contra los verdes y marrones descoloridos, que los rodeaban, era el del traje de montar de ella. Ese azul marino resplandecía.

Marcus también estaba callado, y ella estaba agradecida por ello. Su atención se centró únicamente en poner en orden sus pensamientos. ¿Cómo le explicaba a la persona, que ahora llegó a significar tanto para ella, que era una asesina?

El estanque apareció a la vista. Victoria sintió que los sentimientos familiares comenzaban a desgarrarla y arrastrarla bajo su hechizo aterrador.

Lady relinchó y se agitó, sintiendo la incomodidad de su dueña, y la necesidad de Victoria para correr y escapar era cada vez más fuerte. Pero ella no podía hacer esto. Sin embargo, tampoco podía regresar a ese lugar ni confesar su terrible secreto.

—¡Detente! —espetó ella, y él la escuchó de inmediato, volviendo a girar su caballo hacia el lugar donde Victoria se había parado—. No puedo ir allí.

Marcus la miró con el ceño fruncido, preocupado. Ella parecía apta para ser recluida en Bedlam.

—Está bien, cariño —dijo él con dulzura.

—No, no está bien —jadeó y, para su horror, sintió un nudo en la garganta. Victoria no había llorado en años y no quería empezar ahora—. No puedo hacerlo… No quiero hacerlo…

—Victoria, ¿qué pasó para que tengas tanto miedo de un estanque pequeño? —preguntó él, sonando completamente confundido.

De repente, esto fue como si una presa se rompiera dentro de ella, y sin siquiera darse cuenta, sus mejillas se inundaron de lágrimas y su cuerpo se desgarró por los sollozos.

Marcus saltó de su caballo y vino a sacarla de su yegua, envolviéndola en un fuerte abrazo.

No importaba lo que ella hiciera, no podía controlar las lágrimas ni las ardientes emociones, que la consumían. Por primera vez en años, Victoria sintió que era seguro llorar.

Como si alguien la protegiera de la tormenta, que siempre amenazaba con desatarse en su interior.

—¡Aquí es donde maté a mi padre!

Capítulo siete

Victoria pronunció esas palabras contra su hombro, temerosa de mirar a Marcus, a los ojos, y de ver su desdén, asco y horror.

Él permaneció en silencio durante tanto tiempo, que finalmente ella no pudo soportarlo más y, preparándose para su rechazo, levantó la cabeza para mirarlo a la cara.

Sus ojos, habitualmente de color marrón dorado, llenos de risa y picardía, ahora eran oscuros, tormentosos y atormentados.

—Es verdad —confirmó ella con voz apagada, percibiendo su incredulidad.

—No lo creo —dijo él, en voz baja—. No creo que lastimaras a alguien de esa manera. Pase lo que pase, estoy seguro que no fue tu culpa.

Su fe en ella rompió el último trozo de hielo, alrededor de su corazón, y, por primera vez desde que tenía ocho años, Victoria sintió que tal vez podría liberarse de sus pecados de ese pasado. No obstante, él necesitaba saber la verdad.

—Fue mi culpa —manifestó ella con firmeza. Luego, las lágrimas volvieron a brotar—. Pero no fue mi intención. ¡Lo juro! Fue un accidente.

—Shhh, cariño… Está bien —Marcus la atrajo hacia él, una vez más, presionando sus labios contra su frente—. Ven, sentémonos y me lo puedes contar todo.

Victoria le permitió que la guiara hasta un pequeño banco de madera, situado al borde del estanque.

El agua empezaba a congelarse en los bordes, y ella sabía que no pasaría mucho tiempo, antes que se congelara por completo. Tal como aquella noche, hace tantos años.

Victoria se sentó y Marcus hizo lo mismo, justo a su lado con su muslo, rozando el de ella. Él levantó una de sus manos y la sostuvo entre las suyas, ofreciéndole apoyo sin decir una palabra... Ella apreciaba y necesitaba esto.

Después de un momento de silencio, Victoria se encogió de hombros con impotencia.

—Ni siquiera sé por dónde empezar —confesó.

—De manera general, creo que empezar por el principio es la forma más efectiva de contar una historia —bromeó él con suavidad.

Tras respirar profundamente y calmarse, Victoria permitió que los recuerdos, contra los cuales normalmente luchaba con tanta valentía por mantener a raya, la inundaran.

Recordó las pesadillas, que la perseguían en mitad de la noche, pues siempre eran una repetición exacta de los acontecimientos de esa nefasta noche.

El momento en que saltó entre los árboles… El instante en que se dio cuenta que el hombre, al que había estado siguiendo, era su padre, y la mujer con la que él estaba, no era su madre… El momento en que corrió sobre el hielo, y oyó el repugnante y aterrador sonido del hielo, agrietándose debajo de ella… El terror absoluto, cuando el agua helada se la tragó… ¡Los gritos desesperados de su padre!

En todas sus pesadillas, ella siempre se despertaba en ese punto. Pero hoy, ella continuó su relato.

—Pensé que me ahogaría —expresó con voz temblorosa—. Estaba segura que no habría ayuda para mí.

Marcus le apretó la mano con más fuerza, aunque ella no buscó consuelo en él.

Su historia era difícil de contar, y ella tenía que seguir adelante para no derrumbarse por

completo.

—Incluso el sonido de los gritos de mi padre comenzó a desvanecerse. Y entonces... —Victoria tragó el nudo persistente en su garganta, obligándose a no ceder, ante las lágrimas amenazantes—. Y de repente, me sacaron del agua. Mi padre estaba allí, sacándome… Recuerdo que tenía tanto frío que ni siquiera podía mantenerme en pie… Él logró colocarme de pie, y me dijo que corriera hacia la orilla… Pensé que me seguiría… Creo que sí lo hizo… Pero el hielo no pudo sostener su peso.

Las lágrimas de Victoria ahora caían, derramándose por sus mejillas y congelándose, en el aire frío.

—Todo pasó muy rápido. Escuché el crujido, escuché su grito. Pero… Él me dijo que siguiera adelante.

Marcus extendió la mano y la atrajo hacia su regazo, presionando su cabeza contra su pecho.

—Lo siento mucho, cariño —susurró.

—Traté de volver con él. Traté de ayudarlo. Pero el hielo era demasiado delgado. ¡No podía cruzar! Estaba tan oscuro que ni siquiera podía verlo bien. Y luego… —Victoria tragaba aire entre sollozos y el dolor en su pecho era insoportable—. Todo estaba en silencio… Todo estaba en silencio… ¡Grité y grité, pidiendo ayuda, pero nadie vino! No había nadie que viniera. Estábamos muy lejos de la casa.

—Pero ¿dónde estaba su... ah...?

—¿Mujer? —preguntó Victoria con amargura—. Es una pregunta excelente, pero no tengo la respuesta. Ella nunca vino, nunca ayudó y nadie volvió a verla.

Victoria se quedó en silencio, apoyándose en él, solo por un momento, hasta que el dolor en su garganta se alivió y su respiración se hizo más lenta. Se dio cuenta que era agradable, simplemente, sentarse con alguien y no estar sola. También se sintió mucho más ligera, al haber compartido su secreto, y permitir que alguien entrara en su vida.

Ella se inclinó hacia atrás para mirarlo.

—Gracias —dijo ella, suavemente.

—¿Por qué, mi amor? —preguntó él, levantando una mano para apartar un mechón de cabello de la mejilla de ella.

—Querías saberlo. Eso me ayudó —respondió ella con timidez—. Solo hablar de ello me ayudó.

En respuesta, él se inclinó hacia delante, capturando sus labios, en un beso suave y dulce. Fue tan tierno que los ojos de ella se llenaron de nuevo.

—Me estoy convirtiendo en una regadera —afirmó Victoria con una pequeña risa.

—Es todo ese hielo que se está derritiendo —bromeó Marcus—. Tiene que salir por algún lado.

Victoria le dio una palmada en el brazo, juguetonamente, y luego se movió para retirarse de su regazo.

—¿A dónde vas? —preguntó él, apretando su agarre.

—No podemos dejar que nos vean así —dijo ella con firmeza, aunque lo único que deseaba era hundirse en sus brazos, y quedarse así durante horas—. No puedo creer que me haya permitido sentarme en tu regazo. Cualquiera podría haber pasado por aquí.

—Eso no importa —replicó él, manteniéndola agarrada, y dispuesto a seguir conversando.

Victoria no pudo evitar reírse.

Nuevamente, él era incorregible.

—Bueno, a mí sí me importa —dijo ella con severidad.

La dama de hielo intentó alejarse de él, una vez más, pero nuevamente, Marcus apretó su agarre.

—¡Victoria! —La repentina seriedad en el tono de Marcus la dejó paralizada.

Ella lo miró directamente, viendo que sus ojos estaban más serios que nunca.

—Lo que pasó fue trágico… Me duele mucho pensar en lo asustada que debiste haber estado y por todo lo que debiste haber sufrido… Pero, querida, no fue tu culpa. Nada de esto lo fue.

El corazón de Victoria latía con fuerza. Él parecía tan sincero. Cómo le gustaría creerle y liberarse de la culpa.

—Si no hubiera ido allí, esa noche, mi padre no habría muerto, Marcus —dijo en voz baja—. Mi familia no se habría desmoronado. James no se habría ido, el corazón de mamá no se habría roto. Edward no habría tenido que crecer años, antes de tiempo. Es mi culpa… Toda la culpa es mía… Destruí a mi familia.

Marcus extendió la mano y tomó su rostro entre sus manos.

—Escúchame —manifestó él con fiereza—. Tú no tienes la culpa. Tu padre se ahogó porque estaba allí, cuando no debía estar.

—Pero, ¿James?

—Si James se va, mi amor, es porque quiere hacerlo. Y de todos modos, ¿él no regresa pronto, casi siempre?

—Pero…

—Y en cuanto a Edward —continuó, aparentemente decidido a que ella lo escuchara—, es el lord más capaz que he conocido. Nos deja en ridículo a todos. No ha perdido nada al asumir el mando, unos años antes.

Ella quería creerle, sin embargo, ¿cómo podía hacerlo?

—Victoria, tienes que dejar de castigarte a ti misma. Tienes que dejar de cerrarte a la gente. Y tienes que dejar de culparte a ti misma.

—Pero, ¿tú, no lo ves? —gritó ella—. Yo causé la muerte de mi padre y todo lo demás se vino abajo por culpa de eso. ¡Por mi culpa!

—No eras más que una niña —respondió él—. Una niña inocente. No tienes ninguna culpa. ¿De dónde has sacado esas ideas?

Victoria contempló a este hombre maravilloso, que creía tan plenamente en su bondad.

—De mi madre —susurró ella.

—¿Qué? —preguntó él, y repentinamente, sus ojos se iluminaron con furia.

—No me creyó, cuando le dije que había seguido a papá y lo había visto con… —Victoria se tragó el nudo, que tenía en la garganta—. Pensó que yo había salido corriendo, y que papá me había perseguido. ¡Me echa toda la culpa a mí!

Otra lágrima rebelde se escapó y Victoria la apartó con impaciencia.

Ella no quería llorar.

Estaba segura que tenía un aspecto absolutamente espantoso con la nariz roja y las mejillas manchadas de lágrimas. La cabeza empezaba a dolerle y, de repente, se sentía agotada. La mañana cargada de emociones le estaba pasando factura.

—Nuestra familia nunca se recuperó del todo… Y cuando James decidió irse a las Américas, bueno, creo que ese fue el último clavo en mi ataúd con mamá… Ahora, ella está desesperada por casarme para poder librarse de mí. Creo que mi presencia es un recordatorio de

toda la tragedia que ocurrió.

—Entonces, ella es una tonta. —Marcus escupió.

Tomó ambas manos de Victoria entre las suyas.

—Cariño, tú vales mucho más que estas manos, que la vida te ha dado. No es de extrañar que levantes semejante barrera contra el mundo. Todos los que deberían haberte cuidado, te han abandonado a la soledad. No puedo creer que Brentwood permita que su hermana pequeña sea tratada de esa manera.

—Edward no tiene la culpa, Marcus… Él tenía y tiene enormes responsabilidades. Y no es exactamente el tipo de persona que se preocupa por los demás. Creo que simplemente confió en que nuestra madre haría lo mejor por mí.

Marcus todavía no parecía convencido, pero Victoria no quería que culparan a Edward de crímenes, que no se le podían atribuir.

—No he tenido una mala vida, Marcus... Soy la hermana privilegiada de un noble. No es algo de lo que deba quejarme. He tenido vestidos, joyas, fiestas, temporadas...

—¿Y amor?

La pregunta, formulada en voz baja y con una sola palabra contundente, la detuvo en seco.

La punzada de dolor, que atravesó su corazón, ante esa pregunta, fue un duro recordatorio de por qué ella se había cerrado a sí misma. Un corazón blando le dolía demasiado.

—No —dijo ella con la misma suavidad—. No creo que haya conocido el amor.

—Hasta ahora.

Esas palabras fueron precisas y delicadas, aunque su impacto sacudió a Victoria hasta el fondo de su corazón. Realmente, ¿él podría estar diciendo que la amaba? Pero, ¿qué significaba eso? Su estómago se agitó y no estaba segura si era por pánico o ante la emoción del momento. Había pasado mucho tiempo desde que alguien la hizo sentir amada y cuidada. Y ella no sabía muy bien qué hacer con esto.

Marcus la evaluó por un momento, como si estuviera midiendo su reacción.

—Ven —dijo él, después de un rato, soltándole las manos, y pasándole un brazo por los hombros—. Volvamos a la casa, antes que te congeles.

—No has tenido tu picnic —protestó ella sin mucho entusiasmo. La verdad era que estaba agotada y sus emociones estaban descontroladas. Quería dormir para quitarse el dolor de cabeza y ordenar sus pensamientos.

—Viviré —respondió él con una sonrisa, y ella se sintió aliviada al ver el habitual brillo de picardía en sus ojos—. Pero espero varios bailes, esta noche, para compensar esta calamidad.

Victoria sonrió, permitiéndose simplemente disfrutar el momento, ahora que el peligro de enfrentar demasiada realidad había pasado.

—Mmm. Intentaré atenderlo, milord. Pero no estoy segura de tener tiempo.

Habían llegado a los caballos, pero antes que Victoria pudiera montar su yegua, Marcus la rodeó con sus brazos por la cintura y la atrajo hacia él con un gruñido. Su espalda estaba presionada contra la dureza de su pecho y el cuerpo de Victoria se iluminó, como los fuegos artificiales de Vauxhall.

—Si tengo que mantenerte prisionera para asegurarme que bailes a solas conmigo, entonces lo haré, milady —le susurró al oído.

Todo su cuerpo tembló en reacción a la sensación de sus labios contra su piel. ¡A qué libertinaje la estaba llevando él!

—No puedo ceder a tus exigencias —dijo, aunque percibió que le faltaba el aliento—.

¿Qué pensará la gente?

—¡Que eres mía y que yo soy tuyo! —intercaló sus palabras con besos rápidos y calientes, a lo largo de su cuello, y Victoria no pudo reprimir un gemido de necesidad.

—Te obsequiaré dos bailes —afirmó, sintiéndose coqueta, y más despreocupada de lo que nunca se había sentido en su vida.

Él detuvo sus atenciones contra su cuello, y ella tuvo que morderse el labio para dejar de rogarle que continuara.

En lugar de eso, girándola para que lo mirara, pero manteniéndola envuelta en sus brazos, él la miró con el ceño fruncido, pretendiendo considerar su oferta.

—Tres —replicó en pocos segundos—. Y debes prometerme que solo pensarás en mí, mientras bailas con esos otros tontos.

Victoria se rió. Ciertamente, sí se rió.

—Entonces, tú también solo debes pensar en mí —respondió ella con una sonrisa cautivadora.

—No debería ser difícil —aclaró—. Desde el momento en que te vi, no he pensado en nadie más que en ti.

Victoria se quedó sin aliento, ante esas palabras tan conmovedoras.

¿Debía creerle cuando él decía esas cosas? ¿Cómo podía estar segura que era sincero? Después de todo, ella había visto con sus propios ojos la infidelidad de los hombres y sus consecuencias.

—Confía en mí, amor —confirmó Marcus, como si pudiera leer su mente.

No obstante, antes que ella decidiera si podía hacerlo o no, esos labios masculinos se movieron y capturaron los suyos, lo que le hizo imposible seguir pensando.

Capítulo ocho

Victoria miró su reflejo, en el espejo, mientras su criada le daba los toques finales a su cabello. El baile, al que asistiría esa noche, se celebraría en Assembly Rooms. Era el comienzo oficial de las actividades navideñas. Todos los invitados de la casa asistirían, incluyendo los hombres, a quienes su madre había estado presionando para que se interesaran en Victoria.

Sin embargo, la madre se había alejado por completo desde que Marcus y Victoria se habían vuelto más cercanos. Victoria no sabía si eso se debía a que su madre suponía o esperaba algo. De cualquier manera, estaba contenta por ese indulto.

Su madre y ella apenas habían hablado desde la noche del primer baile, y cuando lo habían hecho, solo había sido para aparentar delante de los invitados. Aún su madre tenía el poder de lastimarla, pero Victoria estaba decidida a que nada apagaría su ánimo esa noche.

—Todo listo, milady, hermosa como siempre.

—Gracias, Lucy —dijo Victoria sonriendo—. Ha hecho un trabajo maravilloso.

La sirvienta pareció sorprendida ante el cumplido, y parpadeó, una o dos veces, antes de tartamudear “gracias”, con un tono de sorpresa.

Victoria hizo una mueca.

¿Realmente había sido tan cruel con la chica, que el más simple de los cumplidos pudiera provocar tal reacción? Su estómago se revolvió por la culpa.

—Voo.. Voy a buscar sus guantes, milady —tartamudeó la criada, antes de moverse para irse.

Victoria giró en el banco, en el que estaba sentada, y extendió una mano, atrapando a Lucy, antes que ella saliera corriendo.

—Lucy, yo… —Y en ese momento, ella se detuvo de golpe. ¿Qué podía decirle? Había sido un auténtico ogro con ella.

Lucy la miraba aterrorizada, y eso hizo que Victoria se sintiera aún peor.

—He sido horrible con usted —soltó las palabras—. De verdad que lo he sido. Y lo siento muchísimo.

La boca de Lucy se abrió en estado de shock, pero Victoria siguió adelante.

—Usted ha sido una maravillosa doncella, y estoy segura que, si la hubiera dejado, habría sido una amiga. Espero sinceramente no haber llegado demasiado tarde, y que acepte mis disculpas por el maltrato que le he infligido.

—Milady —jadeó la criada.

El corazón de Victoria se hundió.

Era demasiado tarde para ella. Había sido fría, cruel y horrible durante demasiado tiempo para que alguien creyera, que había cambiado, o aceptara sus disculpas. Después de todo, esas eran meras palabras y sus acciones anteriores habían sido claras y contundentes.

—No creo que haya sido agradable trabajar para un monstruo sin corazón. Pero, de todos modos, aprecio el trabajo que usted ha hecho.

Victoria giró para mirarse al espejo, aunque mantuvo la cabeza gacha, ya que no podía soportar ver a su criada, en ese momento.

De repente, un par de brazos la rodearon, y ella miró hacia arriba, en estado de shock, viendo que Lucy la abrazaba.

Lucy captó la mirada de Victoria, en el espejo, y se alejó rápidamente.

—Lo siento, milady —replicó la doncella—. Pero usted no es un monstruo. Quizá un poco... ah...

—¿Horrible? —añadió Victoria.

—Genial —respondió Lucy con diplomacia—. Pero, ¿quién podría culparla, después de todo lo que pasó?

Victoria parpadeó, en estado de shock.

¿Cómo podía saber la criada por lo que había pasado?

—Mi madre estaba aquí, milady, en el momento en que falleció su padre. Y lo que les ha pasado a ustedes... Bueno, no me extraña que usted se mantenga alejada de la gente.

Victoria sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

¿Qué diablos le estaba pasando hoy?

Después de su conversación con Marcus, lloró hasta quedarse dormida, y durmió, durante horas, saliendo a la superficie solo para prepararse para el baile. Ahora, estaba empezando de nuevo. ¡No creía que todavía le quedaban lágrimas!

—Pero usted nunca ha sido un monstruo —continuó Lucy con los ojos brillantes—, y sería un honor para mí ser su amiga.

Victoria se puso de pie y abrazó a la otra chica con fuerza. Ella nunca había tenido una amiga. ¿Quién habría pensado que encontraría una en su criada?

—Ahora, vamos a prepararla para ese apuesto señor suyo, ¿eh?

Victoria sintió que sus mejillas ardían. La sirvienta vieja le habría hecho sonar una reprimenda a Lucy por tal insolencia. Ahora, sin embargo, ella no sabía qué decirle.

—No creo...

—¡Oh, milady! Los sirvientes también tienen ojos y oídos, ¿sabe? El hombre está completamente enamorado de usted.

Esto fue realmente muy inapropiado. Ella no debería permitirlo.

—¿De verdad lo cree? —preguntó, en lugar de reprender a la muchacha.

—Sí. —Lucy sonrió.

La criada se retiró y entró en el probador, regresando, segundos después, con unos guantes de noche de satén blanco y una capa de noche gris paloma, aunque los tonos eran más oscuros, que el vestido de noche plateado, que Victoria había elegido usar esa noche.

Victoria terminó de vestirse, en una especie de neblina de ensueño y felicidad, disfrutando de este cambio, y de las posibilidades que el mismo le abría.

Una última mirada al espejo mostró que también había cambiado físicamente.

Sus ojos ahora brillaban con calidez, en lugar de hielo… Sus mejillas tenían un tono rosado permanente, y su boca no estaba todo el tiempo apretada en una línea sombría… Ella parecía feliz… Y realmente enamorada.

Al darse cuenta de esto, casi sucumbió a su pánico habitual, pero esta vez reprimió esa emoción destructiva. Nada podría arruinarle la noche. Ni sus miedos, ni sus dudas. ¡Nada!

Victoria salió de su habitación y se dirigió a las escaleras.

Ella miró hacia el vestíbulo y vio que Marcus estaba allí de pie con su ropa formal, luciendo mucho más guapo de lo que cualquier hombre debería estar.

Su corazón galopaba al verlo, y Victoria tuvo que hacer un esfuerzo para no correr por las escaleras ni arrojarse a sus brazos.

¡Qué diferente se había vuelto ella, en estas semanas!

Ahora, Victoria era como una colegiala tonta con su primer enamoramiento. Pero no era un simple enamoramiento lo que ella sentía. Lo amaba profundamente y con todo su corazón. Y

lo sabía.

Tras respirar profundamente para calmarse, Victoria comenzó a bajar las escaleras.

Marcus debió haber oído el crujido de una tabla del suelo bajo sus pies porque volteó para mirarla. Esa mirada en su rostro, mientras la recorría de la cabeza a los pies, fue suficiente para hacerla sonrojar. Podía sentir las llamas del deseo, en sus ojos, como si estuvieran quemando su piel.

Al llegar a pararse frente a él, esperó sus cumplidos. Pero él no habló. Se limitó a mirarla fijamente. Después de lo que pareció una eternidad, tragó saliva con fuerza, y sonrió con tristeza.

—No creo que nadie me haya acusado antes por quedarme sin palabras. Has organizado una fiesta espectacular, cariño —dijo él con voz ronca.

Victoria sonrió en respuesta.

Marcus gimió.

—No me mires así —le advirtió—. O no nos iremos nunca.

Ella también lo sintió. Ese deseo de huir y encontrar un lugar apartado donde pudieran estar solos y...

—Ah, Victoria, ahí estás. —La voz de su madre rompió el hechizo, que se estaba tejiendo alrededor de ellos, y Marcus sonrió con tristeza, antes de extenderle su brazo.

—¿Vamos, milady? —preguntó él con gran caballerosidad—. Creo que me debes tres bailes.

Victoria se rió, mientras ponía la mano sobre su brazo.

—Dos —respondió ella con inteligencia, sintiéndose más despreocupada que nunca en su vida.

***

La orquesta estaba en pleno apogeo, el champán fluía y el ambiente era festivo y alegre.

Y por primera vez, desde hacía muchísimo tiempo, Victoria estaba tan emocionada como todos los demás. Ella ya había bailado dos veces con Marcus. Y otro baile con él haría que las lenguas se movieran a un ritmo alarmante. Aunque ella también le había dicho esto, su respuesta fue una sonrisa y una petición de otro vals.

A Victoria le parecía que él estaba sellando sus destinos, porque no creía que estuviera jugando con ella. Y él sabía tan bien, como ella, que tres bailes equivalían a un compromiso, especialmente en el campo.

Victoria lo observaba ahora, mientras él bailaba un cotillón con Lady Viola. Sería una tontería, ella lo sabía, estar celosa de la bella Viola. Después de todo, si Marcus quería estar con esa mujer, no había nada que se lo impidiera. Su ensoñación fue interrumpida por la aparición de la madre de Lady Viola, a su lado.

—Buenas noches, Lady Victoria —expresó la mujer con una sonrisa.

—Buenas noches, milady —replicó Victoria—. ¿Está disfrutando del baile?

—Sí. —La otra mujer abrió el abanico y empezó a abanicarse lentamente—. Ellos hacen una buena pareja, ¿no? —asintió con la cabeza hacia Marcus y Viola.

Victoria mantuvo su rostro impasible.

—Sí, es muy bonito de ver —replicó ella con calma.

Lady Armington levantó su abanico para cubrirse la boca.

—Será un matrimonio maravilloso —suspiró feliz—. Aunque, por supuesto, todo esto se mantendrá en secreto por ahora.

Cuando las palabras de la señora mayor fueron escuchadas, Victoria sintió como si todo

el salón se inclinara. Giró completamente para mirar a la vizcondesa, que bailaba con Marcus. La mujer tenía una mirada calculadora, en sus ojos, mientras observaba el rostro de Victoria.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas para no demostrar lo desconcertada que se sentía, Victoria volvió a ser la misma de siempre, manteniendo en su rostro el lado correcto del aburrimiento.

—¿Ah, sí? —Eso fue todo lo que dijo, aunque por dentro estaba despotricando contra la mujer.

—En efecto —manifestó Lady Armington con una sonrisa maliciosa—. A Marcus le gusta divertirse como a cualquier joven. Pero su matrimonio fue concertado, cuando ambos estaban en la cuna.

—¿Y ambos están conscientes de esto? —Victoria logró, con una fuerza hercúlea, mantener un tono desinteresado. No obstante, dentro de ella, su sangre estaba hirviendo.

Marcus había dicho que quería derretir el hielo dentro de ella. Bueno, el temperamento de Victoria no solo estaba fundiendo el hielo sino que también estaba hirviendo los charcos creados. Acaso, ¿ella se había dejado engañar tanto por él? ¿Cómo la habían traicionado de esa manera? Al fin y al cabo, él era un hombre. ¿Todos los hombres son como su padre? ¿Todos los hombres tratan mal a las mujeres?

—Por supuesto que lo saben —respondió Lady Armington con una risa que irritó los nervios repentinamente tensos de Victoria.

—Si me permite ser tan atrevida, Lady Victoria. —La voz de la otra mujer ahora tenía un tono de acero—. Usted es joven y muy hermosa. Estoy segura que innumerables hombres la cortejarán. Son criaturas volubles y no siempre piensan. No permita que su corazón se enrede con alguien que no está disponible para usted.

El corazón del que hablaba Lady Armington se estaba rompiendo, en ese momento, con cada palabra que pronunciaba la odiosa mujer. Pero estaría condenada, si lo demostraba.

—Usted no me conoce lo suficiente como para tener conversaciones tan íntimas, Lady Armington —replicó, y escuchó su tono como había sido antes de conocer a Marcus: frío, insensible, duro y sin emociones—. Pero tenga la seguridad que nunca he permitido ni permitiré, que mi corazón se enrede con nadie.

Su tono pareció haberle quitado un poco el aliento a la otra mujer, y Victoria observó cómo su boca se abría y cerraba como la de un pez dorado.

—Yo simplemente estaaaaba…

—Sé lo que estaba haciendo —aclaró Victoria, interrumpiendo el tartamudeo de la mujer mayor—. Ahora, ¿me disculpa?

Sin esperar respuesta, Victoria salió del salón, y le ordenó a un lacayo que llamara su carruaje.

Ella no le había dicho a Edward que se iba ni tampoco a su madre… No había esperado para hablar con Marcus… No se había detenido a despedirse de nadie ni a devolver los saludos.

Victoria intentó convencerse, a sí misma, que esa mujer estaba exagerando. La palabra de una madre materialista, que tenía la vista puesta en un conde para su hija, no era prueba que Marcus fuera un desgraciado.

Pero…

Allí estaba, el pensamiento que solo había un tipo de hombre en el mundo. Su padre había tratado a su madre de forma abominable. ¿Quién podía decir que Marcus no estaba haciendo lo mismo con ella? Por más que intentó detenerlo, Victoria casi podía sentir la pared de hielo, reconstruyéndose alrededor de su corazón.

Si ella se “abrió” a alguien y la tomaron por tonta, nunca permitiría siquiera hablar con otro caballero. ¡Jamás! Sus pensamientos giraban cada vez más rápido, mientras ella se ponía frenética.

¿Cómo se atrevió ese hombre a venir aquí, a alentarla a revelar sus secretos más profundos y oscuros, a llenarle la cabeza, y hacerle creer que podía amar y ser amada, solo para terminar comprometido con otra mujer?

—Bueno, este es un lugar extraño para bailar un vals, pero estoy dispuesto, si tú también lo estás. —La voz de Marcus sonó detrás de ella, como si sus pensamientos lo hubieran convocado.

Victoria se negó siquiera a mirar a su alrededor, manteniendo sus ojos fijos en la entrada, y deseando que su maldito carruaje se apresurara a llegar.

—¿Victoria?

Aún así, ella lo ignoró.

—¿Qué pasa, cariño?

Su control se rompió ante esa palabra agradable, y giró para mirarlo a la cara.

—No me llames tu amada, Lord Salford. Soy todo lo contrario.

Marcus parecía sorprendido, luego confundido y, peor aún, se sentía herido. Como si ella lo hubiera lastimado.

—Me arriesgo a suponer que estás molesta por algo —dijo él con una sonrisa persuasiva.

¡Ese canalla! ¿Por qué él tenía que ser tan absolutamente encantador? Incluso cuando estaba furiosa con él, quería sus brazos alrededor de ella, y sus labios contra los suyos.

—No estoy molesta. —Ella escupió con los dientes apretados, y luego se alejó de él, nuevamente.

—¿Eso está claro? —murmuró en voz baja, pero lo bastante alto para que ella lo oyera.

—Estoy harta de esto… De ti... Tú estás constantemente a mi alrededor, obligándome a, a...

—¿A qué? —preguntó él, todavía completamente tranquilo—. ¿A sentirte viva y humana? ¿A abrir tu corazón? ¿A dejar de esconderte del mundo?

—¿Cómo te atreves? Entraste en mi vida y la pusiste patas arriba. ¿Y para qué? Para divertirte, eso es. Para pasar el tiempo hasta que puedas casarte con algún pequeño modelo, que no pueda ver lo infiel que eres en realidad.

Victoria dio la vuelta, intentando calmar su respiración, negándose a dejar paso a las lágrimas amenazantes.

Ella escuchó su suspiro y luego el sonido de su partida.

Bueno… De todos modos, ella no lo quería aquí. Y a ella no le molestó, en absoluto, que él se rindiera tan fácilmente...

El carruaje llegó y Victoria salió a la fría noche, envolviéndose mejor en su capa. El lacayo la ayudó a subir al carruaje, y ella se reclinó contra el respaldo del asiento con un profundo suspiro.

Sus pensamientos eran una mezcla confusa. Lo que dijo Lady Armington tenía sentido. Sin embargo, Victoria no podía reconciliar al Marcus que conocía con un hombre tan cruel y desalmado. ¡Esto era muy desconcertante! Ella se sintió absolutamente miserable por todo el asunto. Se suponía que esta noche sería mágica, y ahora la misma se volvió trágica. Bueno… No tenía sentido quedarse aquí, pensando en ello.

Victoria golpeó el techo para ordenarle al conductor, que arrancara, pero antes que el carruaje pudiera moverse, la puerta se abrió de nuevo, y Marcus subió, tomando asiento frente a

ella, quien estaba tan sorprendida, que se quedó sentada, en silencio, mirándolo, mientras él se acomodó, y luego le dio un fuerte toque al techo.

El carruaje se puso en marcha y el movimiento le soltó la lengua.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó ella.

Marcus miró a su alrededor, inocentemente.

—Estoy sentado en el carruaje, mi amor —respondió con una sonrisa.

Victoria resistió el impulso de insultarlo.

Ella nunca había pronunciado ni una sola palabra vulgar, en toda su existencia, y no estaba dispuesta a empezar ahora.

—Quiero decir —dijo ella con exagerada paciencia—. ¿Por qué abandonaste la fiesta?

—Porque tú lo hiciste —replicó él, como si eso fuera la cosa más obvia del mundo.

—¿Tu prometida no te extrañará? —Ella se burló, y luego quiso darse una patada a sí misma.

¿A dónde se había ido la princesa de hielo? Aquella a quien no le importaba nada ni nadie.

—¿Mi prometida? —preguntó él, reclinándose en su asiento, y luciendo completamente relajado.

Esa pose la molestó. Esa pregunta también la irritó. ¿Y si ella se había equivocado? Esta ira no era fría. ¡Estaba ardiendo, caliente y apasionadamente!

—No me digas que te has olvidado que te casarás con Lady Viola. —Su voz destilaba veneno—. Nunca he estado comprometida, pero me atrevo a decir que a una dama le gustaría que su prometido recordara que ella existe.

—Cuidado con tus garras, gatita. Ya te lo he dicho, no hay nada entre Viola y yo.

Victoria lo miró fijamente, buscando deshonestidad. Él parecía completamente sincero, y ella quería creerle, pero aún así…

—Pues, entonces, te sugiero que le digas eso a la dama, antes que elija su ajuar.

—Vaya, vaya, ¿no eres una pequeña zorrita cuando estás celosa? —bromeó con una sonrisa deslumbrante.

Victoria resopló de una manera muy poco femenina.

—No estoy celosa —dijo ella con rigidez.

—Pero si lo estás —replicó él. De repente se movió y quedó sentado a su lado.

—¿Y cómo sabes lo que siento o no? —espetó ella, intentando desesperadamente no verse afectada por su cercanía.

—Bueno, es muy sencillo, cariño —expresó, en tono de conversación—. Si fueras la mujer tranquila y distante, que te presentas ante el mundo, dirías que todo esto te molestó, pero no te hizo mucho daño. Pero… —bajó el tono y se inclinó para acercarse con su rostro, a pulgadas de la cara de ella—. Dado que obviamente estás furiosa y pareces capaz de meterme una bala, sin ningún problema, solo puedo deducir que estás celosa de la relación completamente inexistente entre Viola y yo.

—No estoy celosa —replicó ella, pero no hubo contundencia.

—¡Qué suerte tienes! —afirmó él, todavía con el mismo tono seductor—. Me he vuelto loco de celos cada vez que no he estado contigo esta noche.

Bueno, ¿qué podía decir ella ante semejante cosa? Nuevamente, Victoria estaba confundida.

Marcus la observó atentamente, y luego se sentó con un suspiro.

—No sabes si creerme o no —dijo él con total naturalidad.

Ella quería negarlo, pero no podía hacerlo.

—Quieres creerme, pero algo te lo impide —continuó él, como si estuvieran hablando del tiempo—, quizás necesites algo de tiempo para darte cuenta que no soy tu padre.

Victoria se quedó sin aliento, cuando sus palabras le dieron en el corazón. No obstante, él seguía hablando.

—Sospecho que la madre de Viola y una de sus maquinaciones están detrás de esto. No quiere que su hija se case con alguien de un rango inferior, ya lo ves. Está decidida a encontrarme como yerno. Todo eso es en vano, por supuesto. Se lo digo a ella con regularidad.

Victoria se sorprendió por la precisión de sus palabras. Seguramente, ¿el hecho que él conociera la fuente de la información era una prueba que la mujer había hecho algo así antes? ¿O fue una prueba que lo que dijo Lady Armington era cierto?

—Bueno, no me importa esperar a que saques tus propias conclusiones, cariño. Esperaré. Tanto tiempo como sea necesario.

El carruaje se detuvo frente a Brentwood Abbey. Sin embargo, Victoria no apartó la mirada de Marcus.

—¿Pero, por qué? —preguntó ella, incapaz de comprender esta dedicación hacia ella.

Marcus se llevó una mano a la cara.

—¿No lo sabes? —insistió él, suavemente—. Es porque...

La puerta del carruaje se abrió y Marcus apartó la mano de su rostro.

Con una maldición silenciosa y murmurando algo sobre un mal momento, él se bajó del carruaje, antes de girar para ayudarla.

Victoria puso su mano en la de él, sintiéndose abrumada por una sensación de que todo estaba bien. Consideró que su vida debía ser así: su mano en la de él. ¡Y para siempre!

Esos pensamientos fantasiosos no eran propios de ella. Quizás no lo eran. Tal vez, esa era su verdadera “yo”, y solo necesitaba que alguien la viera de esa manera.

Capítulo nueve

Victoria subió al siguiente piso, todavía sintiéndose completamente confundida acerca de Marcus y el cambio que él produjo en ella.

Después de haberle deseado buenas noches, cuando regresaron del baile, ella se fue a la cama y estuvo dando vueltas, durante horas, sin apenas poder dormir.

Sabía que su confusión provenía del miedo.

Lo que ella necesitaba era ser valiente y admitirle lo que sentía.

No obstante, Victoria no sabía si era capaz de amar ni de demostrarlo, ni de ser la receptora del verdadero amor. A pesar de estar segura que estaba enamorada de Marcus, no sabía muy bien cómo era estar enamorada.

Despierta y ya sufriendo un sinfín de emociones, Victoria llamó a Lucy, y le pidió su taza de chocolate de la mañana. Después de un tiempo, todavía no había señales de la criada, y Victoria se preocupó.

Ella se levantó de la cama, poniéndose una sencilla muselina con ramitas y un chal, en homenaje al frío, y después se sujetó el cabello con un nudo sencillo.

Antes, ni siquiera se le habría ocurrido presentarse así, ante alguien. Pero estaba muy ansiosa, esa mañana y, por extraño que todavía fuera pensar que su sirviente era su única amiga, planeó confiar en Lucy y tratar de aclarar sus pensamientos confusos.

Victoria bajó apresuradamente las escaleras.

Era tan temprano que Marcus ni siquiera estaría en la sala de desayunos. De hecho, cuando llegó a la sala, vio que el personal de la casa todavía estaba preparando el lugar. Ellos se sobresaltaron al verla, y la mayoría de ellos, para su vergüenza, parecían petrificados.

—Mii… lady —tartamudeó una de las criadas—. No nos dimos cuenta que querría desayunar tan temprano. Puedo mandar a buscar algo...

—No, no hay problema —replicó Victoria con una sonrisa.

Ella podría haberse arrancado la cabeza y pateado, dada la expresión de sorpresa en el rostro de la joven criada, aunque Victoria ya era otra persona.

—Sigua con su trabajo —expresó Victoria con más brusquedad de la que pretendía. Pero, en realidad, si todos iban a lucir, como si hubieran visto un fantasma, cada vez que ella fuera amable con ellos, esto sería demasiado agotador.

—Parece que nos está costando mucho acostumbrarnos a esta nueva Victoria.

Ella giró al oír la voz de su madre.

—Te levantaste temprano —afirmó Victoria con rigidez. Sus conversaciones siempre se llevaban a cabo de manera dura.

—Tú también, querida mía —replicó su madre.

—Siempre me despierto temprano —aclaró Victoria, sintiéndose extrañamente a la defensiva.

—Yo también —dijo su madre con un tono más suave del que Victoria hubiera esperado.

—Bueno, no te he visto ni una vez. —Victoria sonó como una acusadora, y ella lo sabía.

La madre analizó a Victoria por un rato, pareciendo buscar la respuesta a una pregunta. Finalmente, suspiró. Levantó una mano y llamó la atención de un sirviente, que rondaba por allí, y le pidió que le llevaran el té a su salón personal.

—Creo que tú y yo debemos hablar, Victoria —manifestó, luego dio la vuelta y se alejó,

segura que su hija la seguiría.

Ella la siguió y se preguntó qué diablos pudo haber hecho mal esta vez.

Ambas entraron en el exclusivo salón de la madre.

Victoria nunca pasaba tiempo aquí, aunque, en ese momento, disfrutó del lugar con su vista a los jardines y su bonito diseño floral. Sin embargo, el salón era suave y femenino (todo lo que su madre no era). Lamentablemente, Victoria lo pensó de esa manera. ¡Oh! Pero a ella sí le gustaría ser así.

—Siéntate, cariño, por favor. —Su madre tomó asiento en el sillón y señaló la tumbona, que estaba frente a ella.

Victoria se sentó, cruzando las manos para no moverse.

—Hace años que desayuno muy temprano, Victoria —dijo su madre con calma—. Estas últimas semanas me he ido más temprano para que puedas estar con Lord Salford.

El corazón de Victoria saltó, ante las palabras de su madre, y sintió, para su disgusto, que sus mejillas ardían. ¿No era esto algo típico? Su actitud gélida le falló, justo cuando más la necesitaba.

—Madre, no quiero ni necesito que interfieras con Mar... con Lord Salford —expresó con firmeza.

—Siempre has sido muy testaruda —replicó su madre, suspirando—. Soy muy consciente que mi intervención no es deseada ni necesaria. Aun así, soy tu madre y tengo ojos.

Inmediatamente, la madre fue interrumpida por la llegada de la sirvienta con la bandeja de té. Ella le ordenó a la joven que dejara las cosas del té, y cuando estuvieron solas, nuevamente, continuó donde había dejado la conversación.

—Quizás quieras pintarme, como una madre malvada e indiferente, Victoria, pero lo que pasó entre Lord Salford y tú ocurrió por sí solo. Me limité a mantenerme al margen, y asegurarme que mi presencia no te interrumpiera, una vez que vi lo que estaba sucediendo.

—¿No nos has espiado? —la cuestionó Victoria, aunque pensaba que su madre sí lo había hecho—. Por mucho que te entusiasme la idea de librarte de mí para siempre, madre, unos cuantos desayunos, aquí y allá, no son suficientes para crear un matrimonio.

Su madre, que estaba revolviendo crema en su té, dejó caer la cuchara estrepitosamente.

—¿Qué? —suspiró con los ojos muy abiertos.

Victoria no tenía idea qué había dicho para provocar tal reacción.

—Madre, ¿te sientes…?

—¿De verdad crees que quiero deshacerme de ti? —preguntó su madre con un tono absolutamente horrorizado—. Cuando dijiste eso antes, pensé que era una de tus pequeñas bromas, que no entendí del todo.

El corazón de Victoria dio un vuelco extraño.

Su madre parecía sincera en su conmoción.

—Bueno, sí. —Ella frunció el ceño, sin entender muy bien la dirección que estaba tomando la conversación.

—¿Cómo pudiste pensar algo así? —preguntó su madre con tono herido.

La boca de Victoria se abrió de par en par.

—¿Cómo podría no hacerlo? —insistió ella, inmediatamente.

—Victoria, eres mi hija. ¡Jamás podría pensar algo tan horrible!

El corazón de Victoria ahora estaba acelerado. ¿Qué diablos estaba pasando aquí? ¿Mamá iba a fingir que los últimos diez años no habían sucedido?

—Pero, mamá —empezó, mientras un dolor que llevaba mucho tiempo enterrado salía a

la superficie—, sé que no me quieres aquí. Que nunca me has querido aquí, desde... desde la noche en que murió papá.

Para su consternación, Victoria no pudo contener un torrente de lágrimas, y una vez más, la misma se convirtió en una tonta regadera.

Su madre saltó de su silla y corrió hacia Victoria, sentándose a su lado y luego abrazándola fuertemente.

—¡Oh, mi querida niña! ¿Cómo puedes pensar semejante cosa?

Victoria quedó tan sorprendida por la pregunta, que levantó la cabeza para mirar a su madre.

—¿No podía pensar de esa manera? —preguntó suavemente.

Ahora los propios ojos de la madre se llenaron de lágrimas.

—Victoria, querida, lamento muchísimo haberte hecho pensar eso. No me extraña, que te hayas mantenido tan distante. ¡Oh! ¿Qué te he hecho?

El corazón de Victoria estaba acelerado y su cabeza daba vueltas.

Ella no podía comprender exactamente qué significaba eso. ¿No la había culpado su madre, todos estos años, por la muerte de su padre, la infelicidad de Edward y la salida de James?

—Dijiste, en ese entonces, que no creías que yo hubiera seguido a papá. Pensaste que él estaba allí por mi culpa.

Su madre lloraba en serio.

—Todo lo que dije, esa vez, lo dije con dolor. No estaba pensando con claridad. Apenas sabía lo que estaba diciendo. ¡Oh, cariño! —El corazón de Victoria latía con fuerza, mientras su madre hablaba, como si le hubieran arrancado las palabras—, todos estos años has llevado esta carga. Nunca me perdonaré por dejarte pensar eso. ¡Nunca!

Su madre abrazó fuertemente a Victoria, una vez más, y, por primera vez, desde que era niña, Victoria rodeó a su madre con sus brazos y le devolvió el abrazo.

Capítulo diez

La nieve que había caído ligeramente, durante los últimos días, comenzaba a precipitarse con más fuerza. Estaba tan oscuro, aunque solo era por la tarde, que los sirvientes corrían de un lado a otro, encendiendo velas y avivando el fuego por todo Brentwood Abbey.

Victoria se sintió ligera y feliz, incluso emocionada, mientras corría por la casa, tratando de encontrar a Marcus. Hasta el momento, solo había logrado encontrar a Edward, quien curiosamente estaba reunido con Elizabeth Birchlee.

Por lo general, esto sería algo que Victoria estaría decidida a resolver hasta el fondo. Los Birchlee eran una familia terrible, mercenaria y grosera. En particular, esa horrible Cressida. No obstante, ella admitía que Elizabeth parecía ser de un origen completamente diferente al de su familia. De hecho, a Victoria le agradaba esta chica, a pesar que a ella no le gustaba casi nadie.

O al menos, a la Victoria de antes, no le gustaba especialmente nadie. Ahora ella era diferente. Muy diferente. Y todo gracias a un maravilloso hombre.

Entonces, ignorando la mirada decididamente extraña, pero interesante en los rostros de Edward y Elizabeth, Victoria se apresuró a alejarse de ellos, en busca de Marcus.

Ella estaba simplemente ansiosa por contarle acerca de su mañana cargada de emociones con su madre.

Después que ambas se echaron a llorar, realmente hablaron. Abrieron sus corazones y se reconectaron de una manera, que Victoria nunca hubiera creído posible. Su madre se había disculpado por sus acciones, todos esos años atrás, asegurándole a Victoria, que no la culpaba por el accidente de su padre. Y Victoria se dio cuenta que eso fue exactamente un trágico accidente.

Ahora, ella tenía que encontrar a Marcus porque se sentía lo suficientemente valiente y creía en sí misma, como para confesarle lo que había en su corazón.

Al no encontrar rastro de él, en sus lugares habituales, Victoria decidió que se atrevería a salir al aire libre, por si acaso él se encontraba dispuesto a salir con este clima. Aunque ella podía esperar, a que él volviera. Y probablemente, debería hacerlo. Pero no sabía cuánto duraría su valentía y estaba ansiosa y desesperada por verlo.

Victoria se apresuró a recuperar una capa, y luego corrió hacia la parte trasera de la casa. Al salir, ella se topó con una señora Deering, extremadamente nerviosa, que parecía más desaliñada de lo que Victoria jamás había visto a la ferozmente competente ama de llaves.

—Señora Deering, ¿ha visto a…?

Para sorpresa de Victoria, la mujer mayor ni siquiera le dirigió una mirada.

—Disculpe, milady —jadeó la habitualmente imperturbable ama de llaves, mientras pasaba apresuradamente.

Victoria frunció el ceño, confundida, pero le quitó importancia a esto, y continuó su camino hacia la parte trasera de la casa. Allí se encontró con el mayordomo, que también parecía agobiado e incómodo.

—Scrivens —lo llamó Victoria—. Necesito que…

—Disculpe, milady —la interrumpió el mayordomo, antes de voltear hacia las dos doncellas que rondaban por allí—. ¡Apúrense con el agua! —gritó, antes de salir de la habitación.

—¿Qué diablos sucede? —murmuró Victoria para sí misma.

Su curiosidad pudo más que ella, y decidió que iba a bajar las escaleras y averiguar qué le pasaba al personal. Pero antes de llegar a la escalera de servicio, Lucy subió corriendo.

—Lucy, ¿qué…?

—Si usted me disculpa, milady.

—¡No! —replicó Victoria con firmeza, plantando los pies en el suelo y bloqueando el paso de Lucy—. No me voy a mover, y usted tampoco, hasta que me diga qué le pasa a todo el mundo. ¡Me siento como si estuviera en un manicomio!

Lucy se mordió nerviosamente el labio, sus ojos se movieron rápidamente, a su alrededor, antes de finalmente suspirar, como si se resignara a su destino.

—Hay un hombre y su esposa abajo, milady. Llegaron tarde anoche.

Victoria frunció el ceño.

—Pero, ¿quiénes son ellos?

—No tengo ni idea, milady. Llegaron en medio de la nevada y necesitaban refugio, supongo.

—Por supuesto. Pero, ¿por qué están todos tan nerviosos?

—La mujer, milady. Ella... ¡Ah! Bueno, ¡está embarazada!

El asombro de Victoria creció. Al igual que su malestar. Como mujer soltera, sabía poco de asuntos tan delicados.

—Mmm… ¿ella está enferma? —preguntó vacilante.

—No está enferma, milady, pero necesita cuidados.

Victoria no sabía exactamente qué significaba eso ni se atrevía a preguntarlo.

—¿Deberíamos ir a buscar a un médico? —hizo esta solicitud, sintiéndose un poco incómoda, al imaginar lo que podría estar pasando allí abajo—. ¿No deberíamos llevarla arriba?

—Han enviado un lacayo a buscar al médico, milady —ratificó Lucy amablemente, como si supiera lo perdida que estaba Victoria, en ese instante—. Y será mejor que no la muevan todavía, aunque es muy amable de su parte ofrecer el alojamiento.

Lucy no quiso decir que esto también era sorprendente.

—Bueno, bueno... ah... —Victoria se apresuró a buscar algo que decir—. ¿Nee-ecesita mi ayuda? —tartamudeó, sintiéndose aún más enferma. Estaba segura que, a estas alturas de su vida, seguía siendo inmadura. Rezó con todas sus fuerzas para que su ayuda no fuera necesaria en lo absoluto.

Lucy se mordió el labio, una vez más, pero no antes que Victoria esbozara una sonrisa.

—Estoy segura que su ayuda sería inestimable, pero creo que la señora Deering tiene la situación bajo control.

Victoria frunció el ceño, ante el sarcasmo de la otra chica, pero no tenía intención de demostrar que la criada estaba equivocada. Obviamente, la sirvienta suponía que Victoria no era útil, en este caso. Y tal vez, tenía razón.

—Por favor, me cuenta cómo van las cosas —dijo Victoria, desesperada por irse.

La idea de una mujer gritando y, bueno, todo lo demás, que acompañaba al parto, fue suficiente para hacerla querer realizar sus cálculos. ¿Cómo lograría vivir en una habitación con Marcus, si no podía soportar la idea de dar a luz? Ese pensamiento la dejó paralizada. ¿Llenaría ella una guardería de niños?

Victoria lo sabía. Ella era terriblemente presuntuosa, y todavía, ni siquiera le había dicho a él que lo amaba. Y por supuesto, no sabía con seguridad qué sentía él por ella. Así que pensaba que los niños eran extremadamente prematuros. Y sin embargo… Aunque el malestar aún se hacía notar, la idea de tener los hijos de Marcus era maravillosa. ¡Ese lord!

¿Quién habría pensado que la gélida Victoria Meyrick tendría nociones romantizadas de la maternidad?

Ella, que había asumido que estaba destinada a estar sola para siempre.

—¿Por qué estás tan seria, mi amor? —La voz de Marcus sonó en su oído, y ella giró para mirarlo.

Vaya, pero él era guapo. Victoria todavía no podía creer lo apuesto que era. Y alto, fuerte y amable...

—¿Victoria?

Ella lo había estado mirando fijamente, mientras su mente divagaba y sentía que sus mejillas ardían.

—Un rubor —bromeó él, levantando una mano para pasar un dedo por la mejilla de ella —. ¡Qué interesante!

Victoria se sintió repentinamente desorientada, quedándose sin palabras.

—¿Qué pasa, mi amor? —insistió él.

—Hay una mujer, ¡está teniendo un bebé, donde están los sirvientes! —espetó.

Los ojos de Marcus se abrieron en estado de shock.

—¡Ah! —respondió—. Claro.

—Quiero decir que el bebé no pertenece a los sirvientes, no es eso lo que quise decir. ¿Está claro? Pero, bueno, allí hay sirvientes, presumiblemente. —Ella estaba divagando y lo sabía.

—Dejémosles que se las arreglen solos, ¿está bien? —Marcus sonrió suavemente.

Victoria mostró una sonrisa de alivio.

—Sí —dijo ella con entusiasmo—. Vámonos.

—¿Qué te parece un paseo por la nieve? —preguntó él, colocando el brazo de ella, en el hueco del suyo.

Ellos salieron caminando, disfrutando de un silencio cómodo y agradable. Una vez en la terraza, Victoria se detuvo, e inhaló una bocanada de aire fresco del invierno.

La escena que tenía, ante ella, era similar a la de una pintura al óleo. Todo lucía limpio, blanco y nuevo. Le pareció una suerte que el mundo se presentara fresco y listo para una Nueva Era, tal como ella sentía lo mismo acerca de su vida.

Victoria había exorcizado los demonios de su pasado, avanzando mucho en la construcción de una nueva y más estrecha relación con su madre. James estaba volviendo a casa y, a menos que estuviera equivocada, Edward seguía recorriendo su propio camino. Todo lo que faltaba era que ella diera ese último salto de fe. Debía ser lo suficientemente valiente para poner su confianza y su corazón, en manos de otro, y permitirle que la cuidara a ella.

Marcus volteó para mirarla.

—¿A dónde te gustaría ir? —preguntó.

Victoria respiró profundamente, reunió coraje, y giró para mirarlo.

—No me importa —dijo ella con voz trémula—. Siempre y cuando sea contigo.

Momentáneamente, Marcus pareció sorprendido, antes que la sonrisa más amplia, que ella jamás había visto, apareciera en su rostro.

—¿Así es? —preguntó él, todavía sonriendo, y con los ojos repentinamente encendidos.

—Así es —respondió ella, tragándose un nudo en la garganta—. Poor-que, bueno... porque te amo.

Victoria no estaba segura qué esperar, pero chilló, cuando de repente se encontró levantada y girando en sus brazos.

Ella no podía contener la risa, mientras él la balanceaba y luego, terminaba de plantarla firmemente sobre sus pies. Sin decir ni una palabra, él aplastó su boca bajo la suya, en un beso lo suficientemente caliente, como para derretir la nieve, que caía a su alrededor.

Victoria estaba medio esperando oírlo chisporrotear.

Cuando finalmente, él apartó su boca de la de ella, se inclinó para presionar su frente contra la suya.

—No tienes idea de cuánto significa oírte decir eso —dijo él con voz ronca—. Y no tienes idea de cuánto te adoro, mi amor.

El corazón de Victoria se emocionó, ante sus palabras.

—Me alegro que sientas lo mismo —lo manifestó riéndose—. Esto podría haber sido bastante embarazoso.

Marcus se puso de pie, en toda su altura.

—Te amé desde el momento en que te vi, Victoria. Siento lo mismo y mucho más.

—No más —replicó ella con una sonrisa—. Pero con lo mismo basta. Con lo mismo es simplemente maravilloso.

La sonrisa de Marcus era deslumbrante.

—Estoy orgulloso de ti, ¿sabes? —dijo él—. No pensé que tuvieras la fuerza para admitirlo.

—¿Entonces, lo sabías? —Victoria arqueó una ceja.

—Claro que lo sabía —respondió él con arrogancia—. Soy terriblemente adorable, ¿lo sabes?

—Eres muy seguro de ti mismo, Lord Salford. —Ella se rió de esa arrogancia.

La sonrisa de Marcus se desvaneció hasta que él pareció más serio que nunca.

—Estoy seguro… Estaba seguro… Porque sabía que no podría haberte amado tanto, como lo hago, sin que tú sintieras algo a cambio… ¡Ay! Por supuesto las Parcas no son tan crueles.

Victoria levantó la mano para acariciarle la mejilla.

—Nunca entenderé lo que viste en mí, Marcus. Yo era tan fría, tan cerrada. Sin embargo, ¡me amas!

—Ser el que derritió todo ese hielo fue el mayor honor de mi vida —expresó, tomando las dos manos de Victoria entre las suyas—. Antes de ti, yo era despreocupado e inmaduro, saltaba de aventura en aventura, sin importarme demasiado lo que hubiera en el camino. Y entonces, de repente, como por arte de magia, había algo, que me importaba tanto, que me aterrorizaba.

Los ojos de Victoria se llenaron de lágrimas, ante sus palabras.

—Cambiaste mi vida —susurró él.

—Y tú me devolviste la mía —murmuró ella, en respuesta—. No estaba viva hasta que te conocí, Marcus. Existía, pero no vivía. Y ahora, no puedo esperar a vivir el resto de mi vida contigo.

Marcus tomó sus labios, nuevamente, y esta vez, ella disfrutó el beso más tierno, que pudiera haber imaginado.

—Cásate conmigo —solicitó él, mientras presionaba sus labios con los de ella.

—Lo haré —replicó ella, felizmente, apartándose para sonreírle.

Marcus sonrió de esa manera, que ahora era familiar.

—Siempre supe que llegaría a ser de la realeza —dijo él con un guiño.

—¿Realeza? —preguntó ella.

—En efecto —confirmó él, sonriendo—. ¿No me he comprometido con la reina de hielo?

Victoria intentó golpearlo, pero él se apartó rápidamente, y extendió la mano para levantarla del suelo, una vez más.

—Esta ha resultado ser una auténtica Navidad, ¿no te parece, mi amor? —insistió Marcus.

—Lo ha sido —le sonrió ella desde lo alto, entre sus brazos—. Y tengo que agradecértelo a ti.

Esta vez, Victoria tomó los labios de Marcus, entre los suyos, y se juró a sí misma, que nunca los soltaría.

El fin.